

Jean-Baptiste Andrea

Los pasatiempos de la reina
que buscaba catarinas





Seix Barral Biblioteca Formentor

Jean-Baptiste Andrea
Los pasatiempos de la reina
que buscaba catarinas

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Acerca del autor
Créditos

A Berenice

1

Caía, caía y había olvidado por qué. Era como si hubiera caído desde siempre. Las estrellas pasaban por arriba de mi cabeza, por debajo de mis pies, a mi alrededor; me arremolinaba intentando sujetarme a algo, pero sólo encontraba el vacío. Giraba en una gran bocanada de aire húmedo.

Ardía con la velocidad y, con el viento aullando entre mis dedos, volví a pensar en la época en que corríamos los cien metros planos en la escuela, el único momento en que los demás no se burlaban de mí. Con mis piernas largas les ganaba a todos. Salvo que ahora mis piernas no servían para nada. Mis piernas también caían imbécilmente.

Alguien gritaba a lo lejos. Tenía que recordar por qué estaba allí, seguramente era importante. Uno no cae así sin una buena razón. Miraba detrás de mí, pero nadie decía nada. Todo cambiaba repetidamente, tan rápido que quise llorar.

Por supuesto, había cometido una enorme estupidez. Me iban a regañar o algo peor, incluso si no conocía entonces algo peor que ser regañado. Me enrollaba sobre mí mismo como cuando Macret me golpeaba, era un truco para disminuir el dolor. Ahora sólo había que esperar. Finalmente iba a llegar.

Era el verano de 1965, el más grande de todos los veranos, y yo no terminaba de caer.

2

A fuerza de repetirme que yo no era un niño, y eso estaba bien, llegó lo inevitable. Quería demostrarles que era un hombre. Y los hombres van a la guerra, lo veía todo el tiempo en la televisión, un viejo y abultado aparato frente al que comían mis padres cuando la estación de gasolina estaba cerrada.

En esa época no pasaba mucha gente por el camino hacia la campiña de Asse, en el borde del cual vivíamos, olvidados por la provincia. Nuestro hogar no era más que un viejo ático sobre el par de bombas de gasolina. Antes, mi padre solía pulir las bombas regularmente, pero con la edad y la falta de clientela había renunciado a la tarea. Yo extrañaba eso, las bombas brillando. No tenía derecho a limpiarlas solo, porque la última vez que lo había hecho había terminado empapado y mi madre me había regañado, como si ella no tuviera suficiente trabajo con un vago por marido y un hijo retrasado. Cuando ella se ponía así, mi padre y yo decidíamos ignorarla. Aunque es cierto que tenía demasiado trabajo, especialmente los días de lavandería con las imborrables manchas de grasa del taller. También es cierto que cuando yo tomaba una cubeta, toda el agua terminaba en el piso. No podía evitarlo, así era yo.

Mis padres hablaban poco. En casa, un rectángulo de cemento detrás de la estación que mi padre nunca terminó de enyesar, los únicos ruidos eran los de la televisión, las suelas de cuero sobre el linóleo y el viento que bajaba de la montaña y se quedaba atrapado entre la fachada y el muro de mi habitación. Pero nosotros, nosotros no hablábamos: ya nos lo habíamos dicho

todo.

Mi hermana nos visitaba una vez al año. Ella era quince años mayor que yo, estaba casada y vivía muy lejos. En cualquier caso, parecía estar lejos ese lugar que me mostraba en un mapa. Cada vez que venía, todo terminaba en una pelea entre los padres y ella. Ella pensaba que una estación de gasolina, en un rincón como este, no era un lugar para mí. Me costaba entender por qué, pues la estación se veía bien para mí, sin contar las bombas sucias. Cuando ella se iba, yo miraba siempre el mapa y me preguntaba qué podría haber mejor allá donde ella vivía.

Un día le hice la pregunta. Ella acarició mi pelo y me dijo que en su ciudad podría tener amigos de mi edad, gente con quien hablar. Y ¿tal vez algún día conocer a una mujer? Mujeres, las conocía mejor de lo que ella pensaba, pero no dije nada. Mi hermana continuó: los padres estaban viejos, ¿qué pasaría conmigo cuando ellos ya no estuviesen aquí? Sabía que cuando decía que *ya no estuviesen aquí*, quería decir que era para siempre, que ya no volverían nunca. Respondí que me haría cargo de la estación yo solo y ella fingió creerlo, pero pude notar que mentía. No me importó. Secretamente, me regocijé de poder algún día pulir las bombas.

Mi hermana tenía razón sobre algo. Amigos, no tenía ninguno. El pueblo más cercano estaba a diez kilómetros de distancia. A los chicos de la escuela les había perdido la pista cuando dejé de ir. Sólo veía a los automovilistas que se detenían a cargar gasolina y yo, orgullosamente, llenaba el tanque desde la parte trasera con la hermosa chamarra Shell que mi padre me había dado. Eso fue antes de que Shell se diera cuenta de que no vendíamos suficiente gasolina, lo que nos obligó a recurrir a una marca italiana a la que no le importaba cuánto vendíamos. Pero, de todos modos, yo me ponía mi chamarra. Los clientes me hablaban, eran amables, a menudo me daban alguna propina y mis padres me dejaban conservarla. Incluso teníamos clientes habituales como Matti. Pero ningún amigo.

Eso no me molestaba. Estaba bien ahí. Lo que me hizo partir fue un cigarro.

La campiña estaba saliendo de un crudo invierno que se había caramelizado en el verano; la pobre primavera había sido aplastada entre ambos. Había escuchado a un cliente decir eso, pensé que era gracioso, era como el viento entre mi habitación y la montaña.

Entre las tareas que se me habían confiado estaba la de poner papel higiénico en el sanitario marcado con la letra C, la W se había caído y, una vez que descubrimos que era un excelente soporte para las ollas calientes, nunca la pusimos de vuelta. *Papel higiénico* era una gran expresión para referirse a un periódico cortado en cuadros, pero eso era justo lo que amaba, cortar los cuadros. Había que tener cuidado de no cortar un periódico que mi padre no hubiera leído en su totalidad. Una vez recibí un buen golpe por hacerlo y mi padre me obligó a pegar la página de deportes entera, hasta que nos dimos cuenta de que un cliente había usado el cuadrado con los resultados, que eran lo que a él le interesaba. Me gané entonces un segundo golpe.

Eran las dos en punto y sólo había parado un carro ese día, un Renault 4L azul. Claro que recuerdo ese 4L. La montaña ardía como una lámina de acero detrás de la estación. Me había pasado una hora recortando y había ido a los C, como les llamábamos, para dejar el periódico. Jamás respiraba en los sanitarios, tenía fobia a los malos olores desde que era muy pequeño. Y aunque nadie había usado el C desde hacía algunos días, despedía siempre un olor desagradable a suelo viejo podrido, olor que asociaba con la muerte, con la composta llena de cosas asquerosas que mi madre ponía alrededor del geranio, la única flor que había en la estación. La flor se moría con cierta regularidad pero mi madre siempre la reemplazaba. Mi padre le gritaba siempre que era la composta lo que estaba matando al geranio, pero ella nunca lo escuchaba.

Cuando salía de la pequeña cabaña, noté el paquete de cigarros que había caído debajo del lavabo. Quedaban dos. Nunca había fumado. Mi padre siempre contaba cómo había visto, durante la guerra, a un tipo que, fumando mientras rellenaba un tanque, se había prendido fuego. Habían necesitado una cisterna entera para extinguirlo. Cada vez que los bomberos pensaban que lo habían conseguido, el tipo se volvía a encender. Creo que mi padre exageraba para hacerme entender. En casa, había un gran letrero gigante a un lado de las bombas con un cigarro tachado.

Pero yo estaba lejos de las bombas, lejos de casa, y por seguridad fui a instalarme en el pequeño mirador detrás del sanitario. Traía cerillos conmigo, siempre eran útiles para quemar algún insecto. Un cliente me vio un día hacerlo, me llamó «sucio y cruel», pero recordé que en la escuela habíamos

disecionado ranas vivas, así que no me quedaba clara la diferencia. «Estúpido y sucio y cruel serás tú», le respondí. Luego me fui llorando, lo había dejado sin palabras. Mi madre fue a hablar con el tipo, el sucio cruel, los vi desde lejos, hacían grandes ademanes, especialmente ella. Él no decía casi nada. Al final, no pasó nada. El tipo se fue y, cuando estuve seguro de que no podía verme ya, le mostré las nalgas.

Encendí el cigarro como en los *westerns* y después de dos inhalaciones de prueba, aspiré con todas mis fuerzas. Fue peor que aquella vez en que casi me ahogo cuando tenía ocho años, las últimas vacaciones que recordaba: habíamos ido al lago. Una mujer me había sacado del agua. Pero esto, además, quemaba.

Dejé caer mi cigarro, cayó sobre una pila de agujas de pino. Quería pisar la colilla pero saltó, las agujas se encendieron así, con chispas risueñas, en un enorme rojo y amarillo que me atrapó el zapato. Grité, mi madre salió, mi padre también, de inmediato entendieron lo que estaba pasando. Aquí no nos reímos de los incendios. Mi padre llegó con un extintor, jamás lo había visto correr tan rápido, ya no era tan joven. Al final quedó un trozo de tierra quemada en el mirador. No mucho, pero no fue poca cosa. Eso es lo que mi padre dijo de todos modos. «No es poca cosa». Mi madre cayó sobre mí como una fiera. Creo que mi papá también me habría pegado, pero no se atrevió a levantarme la mano porque ya había crecido.

Grité que ya no era un niño, mi madre respondió que sí, que era uno, y que mientras viviera bajo su techo haría lo que ella dijera, y que más me valía meterme eso en mi cabeza de doce años.

Esa noche llamaron a mi hermana. Escuchaba todo a través de la puerta. Pensaban que hablaban en voz baja, pero como los dos estaban un poco sordos, su voz baja casi sonaba como a todo volumen. Usaron el teléfono grande de baquelita, la única cosa que me dejaban limpiar en la casa porque no podía romperlo y porque tampoco requería agua. Lo frotaba varias veces al día, brillaba como alquitrán fresco, se sentía uno bien de sólo mirarlo. Y ya que me encantaba ese teléfono, tuve la impresión de que me habían traicionado doblemente.

Le dijeron a mi hermana que tenía razón, que ahora eran demasiado mayores para cuidar a un niño y que hacía falta que ella enviara a alguien. Le dijeron que *otra vez* casi había provocado un incendio, pero yo no recordaba

que esto ya hubiese sucedido antes. Hubo un gran silencio mientras mi hermana hablaba y entendí que iba a venir para llevarme. No sabía cuándo: mañana, en un mes, en un año, no hacía gran diferencia. Vendría por mí y eso era todo lo que importaba.

Ese fue el día en que decidí irme a la guerra.

3

Tenía un plan. En la guerra pelearía, me darían medallas, volvería y entonces todos se verían obligados a admitir que era un adulto, o algo así. En la guerra se podía fumar, lo veíamos todo el tiempo en la televisión, y lo mejor es que no había riesgo de iniciar un incendio, pues todo ya estaba en llamas. Lo único que me molestaba era que los soldados se veían un poco sucios, no estaba seguro de que eso me gustaría. Necesitaría un rifle y calcetines limpios para todos los días, de lo contrario todo terminaría en lágrimas.

Cuando volviera, nadie diría nada sobre llevarme. Tal vez me darían la recámara grande, desde la que se veían las bombas, la de los héroes. Mi madre no la necesitaba, era más pequeña que yo y podía ocupar mi habitación.

El problema era que no sabía hacia dónde estaba la guerra. Sólo sabía que estaba muy lejos, porque un día le pregunté a mi madre y ella dijo eso: «lejos».

Lejos, para mí, comenzaba en la campiña, en la cima de la montaña que se alzaba justo a un lado de mi cuarto. Por ahí se podía acceder a la campiña pero había un atajo, un viejo camino que incluso los cazadores no se atrevían a tomar porque era demasiado peligroso. Una vez me escabullí para subir allá. Miré por encima del borde de la montaña y vi los prados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, se parecía al mar y te causaba vértigo. Después de eso, en las noches de tormenta, imaginaba la campiña que se cubría de agua allá entre las nubes, el agua terminaría por desbordarse y nos llevaría a todos lejos y despertaríamos en el río de Asse.

Mejor decirlo ahora, ya que de todos modos todos lo saben: nunca llegué a la guerra. Si lo hubiera sabido, me habría quedado en casa escuchando al viento mistral hablándome a través de los bloques como todas las noches. No habría seguido. Pero tampoco habría existido Viviane, la reina de ojos violentos que hablaba como todos los vientos de todas las campiñas de todos los países juntos. Me hizo mejor que mi viento, que siempre me contó las mismas historias. Pero volveré más tarde a esto, porque entonces a Viviane aún no la había conocido.

En la cena les anuncié a mis padres:

—Me voy.

Mi padre no respondió porque acababa de comenzar su lectura. Mi madre me dijo que terminara mis lentejas y que no hablara con la boca llena. Fue mucho mejor así porque, básicamente, si me hubieran ordenado que me quedara, me habría acobardado.

Aun así, estaba un poco triste por dejar la estación. Allí había pasado toda mi vida, no conocía ningún otro lugar y no tenía problema con eso. Mi padre decía que el allá era lo mismo que el acá, un poco más, un poco menos, pero básicamente lo mismo. Crecí entre el olor a gasolina y a grasa en el pequeño taller donde a veces se reparaban las quitanieves de la casa. Esos eran los olores que amaba. Me hacen falta ahora.

En los viejos tiempos, cuando volvía a casa de la escuela, me ponía un viejo traje al que mi madre había cortado brazos y piernas y pretendía ayudar a mi padre. A veces me dejaba darle una herramienta, sólo para complacerme, porque siempre le pasaba la equivocada.

Y después, cuando tuve que dejar la escuela, él me buscaba cosas que hacer, y fue entonces cuando me permitieron despachar gasolina con mi chamarra Shell. Mamá decía que a los clientes les gustaba eso, la chamarra, que me iba bien, y aun cuando yo no entendía lo que quería decir, sentía que era algo genial, *estar bien*.

He dicho que conocía un poco a las mujeres, aunque se suponía que no debía hacerlo. Tengo que contarle porque también fue en la estación donde sucedió y pensaba en todo esto la noche de mi partida. Un día estaba sentado en el pilar detrás de los C, no estaba haciendo nada, sólo me concentraba en mis asuntos. Un hermoso sedán había llegado y mientras el marido estaba pagando su cuenta, la señora había ido al C, pero desde donde yo estaba

podía ver a través la rendija que se utilizaba para ventilar. Me quedé petrificado cuando ella se subió la falda, al mismo tiempo que me descubría.

En mi cabeza hui como un conejo. En realidad, me quedé sentado como un idiota mirándola. Creí que iba a gritar, pero me sonrió, deslizó su mano entre sus piernas, ahí donde mi madre dice que es sucio tocar, y se tocó por un largo tiempo mientras continuaba mirándome, al mismo tiempo que parecía quejarse de algo. No sé cuánto tiempo duró esto. Creo que me desmayé. En cualquier caso, cuando abrí los ojos ella ya no estaba allí y yo estaba mojado.

Ya me había pasado antes, cuando encontré, abandonada por unos cazadores en el bosque, una revista con las páginas arrugadas por la lluvia. Estaba llena de mujeres completamente desnudas y allí, también, había explotado. Enterré la revista debajo de un pino y la iba a ver con regularidad. Pero la historia del sedán fue mi primera vez con una mujer real. Por supuesto, sé que en realidad no estuve *con*, pero daba lo mismo. Mi instinto me decía que esto no era cosa de niños, que era una prueba de que me estaba convirtiendo en un hombre. Eso es lo que pensaba aquella noche mientras preparaba una mochila con mis cosas para la guerra. Tenía un clóset repleto de trajes, tantos que no sabía cuál llevarme. Cada año nos llegaba un gran paquete rotulado con mi nombre, lleno de camisas, sacos y pantalones que usaban unos primos que nunca había visto. Mi madre los ajustaba pero de cualquier manera siempre quedaba yo flotando dentro de la ropa. La detestaba. Oía a caminos desconocidos, grandes paisajes y cosas químicas que no me gustaban, había que lavarla diez veces antes de que aceptara ponérmela. De cualquier manera, no tenía elección. Era eso o andar desnudo. Me quedé pensando en lo que podría meter en mi maleta.

Sólo faltaba una cosa en mi maleta, la más importante: un arma. Los padres estaban durmiendo, mi padre roncaba en el sofá cama de la sala y mi madre estaba en su habitación. Pasé por delante del sofá para abrir el hermoso armario de formica y tomar el rifle calibre .22 de mi padre, con el que cazaba conejos, y las pocas balas que quedaban en una caja. Las puse en mi bolsillo. Balas, me darían más en la guerra porque, con las que tenía, no iba a poder matar a muchos enemigos. También tendrían que mostrarme cómo se usaba el rifle. Aquí tenía prohibido tocarlo y sabía, al sostenerlo, que nada volvería a ser lo mismo nunca más.

De repente, mi padre se sentó. Me miró directamente a los ojos y pensé que iba a morir. Luego se dejó caer hacia atrás, se dio la vuelta y comenzó a roncar. Miré hacia abajo, había un gran charco en mis pies.

Tuve que irme a cambiar. Eso me hizo perder mucho tiempo, pero finalmente abrí la ventana de mi habitación. Sólo tenía que inclinarme para tocar la roca y eso fue lo que hice. Fue genial, el sol nunca llegaba hasta este lugar. Los grandes números de mi despertador cambiaron e indicaron una hora que no comprendía. Me puse mi chamarra Shell, encendí y apagué la lámpara de mi mesa de noche tres veces porque si no lo hacía antes de acostarme todas las noches me quedaba con miedo a morir mientras dormía.

Luego salté por el alféizar de la ventana. Me di la vuelta una última vez para poder contemplar entera la estación antes de hundirme en el bosque de pinos detrás del taller.

Después de eso, sólo la volví a ver una vez más.

4

Rayo de guerra. Genio. Luminaria. Era todo lo que no era, nadie dejaba de repetírmelo. Ahora tengo que decirlo, soy extraño. Yo no me considero extraño, pero los demás sí.

Físicamente, soy normal. Cuando me miro en el espejo después de bañarme, me parece que no estoy nada mal; si recojo bien mi cabello mojado, me parezco un poco a don Diego de la Vega sin bigote. Cuando hablo, la gente me entiende. Cuando me dan un golpe en la rodilla, mi pierna se tensa como mi pipí cuando desentierro la revista debajo del pino. Es en mi cabeza donde no soy exactamente como todos los demás. En cualquier caso, eso es lo que el doctor Bardet les explicó a mis padres cuando fuimos a su casa en Malijai.

Hay que ver las cosas así, dijo mi padre mientras señalaba la bella imagen del Alfa Romeo Giulietta encima de su escritorio: eres un poco como este, pero con un motor de 2 CV dentro. Me preguntó si entendía, le dije que sí, pero no estaba seguro. Un tipo que tiene un buen auto como un Alfa, ¿necesita mirar el motor? Si es un auto, si rueda, no veo dónde está el problema, especialmente si también es rojo y bonito.

Por supuesto, hay momentos en los que me gustaría tener un motor un poco más grande. Tal vez no un V8, pero sí un cuatro cilindros por ejemplo, para ayudarme cuando tengo problemas. No puedo contar y cuando quiero escribir, todas las letras se mezclan en mi cabeza, se enredan en mi brazo y salen como un nido de espagueti al final de mi pluma. Por eso tuve que dejar la escuela. Incluso no podía hacer las cosas simples. Normalmente me

habrían inscrito en una escuela especial, incluso nos dieron un folleto que estaba lleno de fotos de personas en grandes salas que ponían sus manos sobre los hombros de niños mientras sonreían. Pero en nuestro rincón no había ninguna de esas escuelas y a nadie le importaba, a mí aún menos. Así que trabajé en la estación. Puede que escriba espaguetis pero nadie llena los tanques como yo. Sé exactamente, por el ruido, cuándo está casi por llenarse el tanque. Sé cómo no perder una sola gota o, peor aún, dejarla caer sobre la carrocería. Me gustaría ver al doctor Bardet llenar los tanques. Oh, sí, eso sería interesante, probablemente me doblaría de la risa. Podría burlarme de él y su motor de lujo.

Tenía problemas para acordarme de las cosas, en todo caso de las cosas que se suponía que debía recordar. A veces recordaba con precisión un detalle insignificante, como el orden en que las ampliadoras estaban guardadas en la caja de herramientas de mi padre, mientras que no podía recordar cuántas eran. La escuela parecía muy lejana ahora, así como mi vida en la estación, mientras trepaba entre los pinos. Si alguien dijera «hace un mes» o «en diez años», no sabría cómo ubicarlo ahora mismo, en este momento, donde existía, donde lloraba si me cortaba, donde era feliz si un caramelo Carambar me trababa la mandíbula.

Por lo menos hay algunas cosas que hago bien. Soy fuerte porque siempre estoy al aire libre levantando cosas pesadas, como neumáticos o troncos. Me gusta eso, levantar cosas, porque aquí valgo tanto como cualquiera. También sé escalar, puedo subir tan alto que una vez mi madre se desmayó cuando me vio trepando la pared detrás de la estación. Recibí una paliza cuando bajé, mi padre incluso me rompió un diente. Afortunadamente era un diente de leche.

Esa noche parecía que estábamos a plena luz del día y encontré el camino fácilmente al salir del bosque de pinos. Apareció como una cicatriz blanca de gis en el acantilado, una especie de Z gigante, la única letra que reconocía gracias a Zorro. Tuve mucho cuidado de no hacer ruido, lo hacía por costumbre, porque cada vez que me descubrían, todo terminaba mal.

Empecé a escalar. A mitad de camino me detuve, estaba sin aliento. No recordaba que fuera tan difícil. La última vez había subido sin parar y podría haber llegado al cielo. Ahora mi corazón se sacudía y sentía una punzada en el costado.

Ya no veía la estación. Pero podía distinguir el puente donde estaba la carretera antes de llegar a nuestra casa, podía taparlo con mi mano de tan lejos que estaba. Me asusté y me emocioné al mismo tiempo. En algún lugar allá abajo mis padres dormían. Allá arriba tenía que estar atento a todo incluso si no oía nada. Todavía estaba muy lejos de la guerra. Recuerdo haberme dicho que tenía aún mucho por recorrer, porque la última vez que había mirado por encima del borde de la campiña sólo había visto estos enormes campos como el mar y las ovejas que eran olas. Tendría que ir aún más lejos, tal vez incluso más allá de las montañas, para encontrar las batallas que les mostrarían a todos de qué madera estaba hecho. No tenía tiempo que perder.

Es extraño, no pensé ni un momento que alguien pudiera buscarme. Cuando Viviane habló sobre eso después, me pareció obvio. Pero no pienso mucho las cosas, ese es otro de mis problemas. Silenciosamente comencé a caminar, con el .22 de mi padre sobre los hombros. Sólo entonces me di cuenta de que había olvidado mi mochila con las cosas de la guerra.

Todo comenzó a girar. Ya no distinguía arriba de abajo. El sendero se estrechó bajo mis pies, se adentró en la pared y me pegué contra ella con todas mis fuerzas. Tenía la cara húmeda, fría, caliente, quería vomitar. Tenía miedo de caer, pero una voz me dijo que todo estaría bien, sólo tenía que saltar y que, así, nunca jamás, jamás, tendría ya miedo a nada. Nadie me llevaría, nadie me llamaría tonto. La pequeña voz susurraba «¡salta, salta!», mientras mis manos se aferraban como arañas gigantes al peñasco. Cerré los ojos pero fue peor, la montaña se dio la vuelta, mi cabeza estaba en el vacío y mis pies estaban en el cielo. Me dieron aún más ganas de vomitar.

Mis manos terminaron por escuchar la voz y se soltaron.

5

En mi interminable caída hacia la estación recordé que ya me había pasado lo mismo. No caerme de un acantilado, pero sí el ataque de pánico.

Casi lo había olvidado. Era Navidad. En la escuela habían organizado una obra de Navidad. El maestro había preguntado quién quería hacer qué. Todos querían el papel del Niño Jesús, pero fue Cédric Rougier quien lo tuvo, lo que era extraño porque era el más grande de la clase. Todos habían hablado al mismo tiempo y al final sólo había quedado el burro. El maestro preguntó que quién quería ser el burro, alguien gritó mi nombre y toda la clase se echó a reír. No me importó, dije que bien podría ser el burro, lo que los hizo reír aún más.

Al maestro no le dio risa, incluso me regañó. «Los animales te saludan, Divino Niño», lo recuerdo bien. A los demás no les hizo mucha gracia cuando se enteraron de que yo era un burro parlante. Teníamos disfraces, de los reales, que venían de un teatro.

La noche de Navidad habíamos representado la obra frente a todo el pueblo. Las piernas de Cédric Rougier sobresalían del pesebre, tenía un agujero en el calcetín. Martin Ballini, que era la oveja, presionaba a todos para que se pusieran delante del escenario. Mi turno había llegado, había avanzado en mi traje de burro y de repente me pasó lo mismo que en el acantilado, porque todos me miraban. Estaba acostumbrado a ser mirado, pero no así. Mis padres me contaron que me había levantado y me había quedado tieso como un caballo cuando les disparan en el oeste. Los ángeles me sacaron del escenario. Sólo recuerdo el agujero en el calcetín de Cédric

Rougier, el agujero se había vuelto enorme y me había tragado. Cuando volví a abrir los ojos, muchas cabezas flotaban sobre mí, la del sacerdote en medio. Me preguntó si estaba bien y le dije: «Los animales te saludan, Divino Niño», y luego vomité todas las lentejas de mi cena.

Aspiré una gran bocanada de noche, un olor acre a iglesia, a pizarra y a hierba. No estaba muerto en el fondo de la campiña. El camino no se había desvanecido, estaba allí, muy firme y blanco bajo mis palmas. Sólo me había raspado la mejilla contra el peñasco. Pero ya no tenía mi arma. Tuve que dejarla ir, había desaparecido en el vacío.

Me apoyé contra la pared un momento para recuperar la respiración. Iba a ser un tanto extraño, allá arriba, cuando les dijera que quería enlistarme. Me preguntarían: «¿Dónde están tus armas?», y yo tendría que decir la verdad: que había olvidado mis cosas de guerra, que había perdido mi arma y que había tenido un ataque de pánico al darme cuenta. Además, recibiría una paliza en mi camino de regreso, sería necesario ganar el doble de medallas para que se olvidaran de que había perdido mi arma.

De repente todo pareció muy complicado. Apreté los párpados. No podía regresar a la estación, eso era seguro. Si volvía a casa me llevarían, especialmente si se daban cuenta de que había salido por la noche, y lo notarían por la falta del .22. Tenía que seguir adelante. Encontraría algo para comer en alguna parte, qué lástima por el sándwich de paté que había puesto en el fondo de mi maleta.

Me levanté y esperé antes de retomar mi camino, sólo para asegurarme de que mis piernas estaban firmes, grandes piernas de hombre que te llevan sin soltarte.

Todavía estaba oscuro cuando llegué a la cumbre. No sé cuánto tiempo me llevó, pero era la misma noche, estaba seguro. La campiña era tal como la recordaba, excepto que la hierba había sido cortada. Por todos lados había montañas y, entre las montañas, esos prados enormes como el océano. Me encantaba ese lugar porque me gustan las cosas que no cambian, me gustan tanto como las cosas que brillan. Fui directamente hacia el olor del heno cortado.

Finalmente llegó la mañana, y yo la recibí de frente. Era un agua roja que

se alzaba en el horizonte y fluía sobre la campiña por el único lado donde no estaba cerrada, la misma campiña desde la cual caería aunque, por supuesto, eso aún no lo sabía.

Y, de repente, la luz roja se volvió blanca, la campiña comenzó a brillar, era el lugar más hermoso del mundo. Un gran peñasco sobrepasaba los campos, fui a él a recostarme para dormir. Antes de cerrar los ojos, vi una esparceta alzada con una gran flor púrpura. En el tallo, una catarina cubierta de rocío trepaba hacia el sol.

Los animales te saludan, Divino Niño.

6

Fue el sol quien me despertó, apoyándose sobre mis párpados con sus pulgares llenos de calor blanco. Puse un brazo sobre mis ojos para seguir durmiendo. Había una gran calma a mi alrededor, sólo el sonido del aire que se posaba sobre la tierra, pero en medio de esta calma había algo más, una forma esculpida por el viento y, finalmente, abrí los ojos.

Ella me estaba mirando, sentada en el peñasco, su mentón apoyado sobre sus rodillas y sus brazos alrededor. Salté y ella también. Nos miramos el uno al otro sin saber qué hacer.

—Pensé que estabas muerto —dijo por fin ella.

Tenía una extraña voz ronca, una voz de mujer que no encajaba con su cuerpo de niña. Era muy delgada, tanto que parecía poder deslizarse entre dos ráfagas de viento sin molestar a nadie. Su cabello era corto y rubio con un largo mechón que le caía en la frente, una suerte de corte de niño. Pero fueron sus ojos los que me impactaron, y cuando digo que me impactaron, realmente sentí que me estaban golpeando, porque parecían enfadados y yo no había hecho nada.

Respondí que no, que no estaba muerto. Quería que me dejara en paz, necesitaba pensar, era la primera vez en mi vida que había dormido lejos de mis padres y tenía que pensar para comprender lo que esto significaba, estaba seguro de que era importante. En lugar de dejarme en paz, me miró frunciendo el ceño, pero no precisamente como las personas con quienes hablo por primera vez y que siempre parecen sorprendidas. Eso me molestó porque era algo nuevo y realmente no me gustan las cosas nuevas.

Ella me dijo su nombre, aunque no se lo había preguntado. Viviane. Cuando quise decirle el mío, no me dejó hablar.

—¿Te duele la cara?

Toqué mi mejilla, se sentía dura y áspera donde me había raspado contra el acantilado, sólo me picaba un poco. Gruñí. Luego señalé mi chamarra, mi hermosa chamarra amarilla con letras rojas en la parte posterior.

—Shell. Es un nombre gracioso.

Soltó una carcajada. Era agradable, su risa era fresca y agradable. Pero, bueno, no me llamaba Shell. Le dije que Shell era una marca de gasolina. A ella no le importó, le gustaba Shell, cualquier otro nombre no funcionaría, sería feo. Después de eso no se hubiera visto bien decirle cómo me llamaba.

—La fea eres tú —le respondí.

De pronto me di cuenta de que no había sido mi mejor respuesta y que a ella no le había agradado tampoco. De hecho, le pareció tan poco buena respuesta que Viviane apretó los dientes y descendió del peñasco. Pensé que iba a saltar sobre mí. Soy fuerte pero se veía *verdaderamente* enojada. No me sentía nada seguro. Cuando habló, su voz me hizo pensar en el viento.

—No te permití hablar —dijo ella.

—Hablo si quiero.

—Te detesto.

—Yo también.

Parecía que estaba pensando, miraba al cielo, después hacia la tierra. Con la punta del pie, hizo un pequeño agujero entre la polvareda.

—¿Tú qué haces?

Respiré con todas mis fuerzas para hacerme más grande.

—Voy a la guerra.

—¿Cuál guerra?

Me reí. ¿Cuál guerra? ¿Nunca veía la televisión?

—La que pasa en la televisión.

—¿Por qué?

Todas estas preguntas me cansaban, tuve la impresión de estar recibiendo una paliza sin que ella siquiera me tocara.

—Así es como es —le respondí—. Los hombres van a la guerra.

Escupió en el piso, lo cual parecía no tener nada que ver con su cuerpo de niña, pero sí coincidía con la furia en sus ojos. Ella me preguntó de nuevo:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Quieres ser un hombre.

No supe qué responder. Eso no le molestó a Viviane, quien respondió por mí.

—Porque eres un desgalichado imbécil. Es por eso.

No sabía qué quería decir *desgalichado*, pero sabía lo que quería decir *imbécil* y no me gustaba. Apreté los puños.

Vi de inmediato que la había asustado. Antes iba de caza con mi padre, hasta el día en que el hijo de los Martel fue asesinado por un mal tiro porque lo confundieron con un jabalí. Después de eso mi madre dijo que no quería que fuera más. Pero recordaba el aspecto de un zorro que los perros habían acorralado. Viviane tenía el mismo aspecto. Inmediatamente relajé los puños. Ella tenía lágrimas en los ojos. Es tonto, pero también me dieron ganas de llorar.

—Te odio —repitió ella.

—Te odio aún más.

Ella me dio la espalda y se fue. Casi me dio cierto alivio dejar de ver sus ojos. Cuando ya estaba un poco más lejos, ella se dio la vuelta.

—Volveré mañana.

Me reí, a veces asustaba a la gente cuando me reía tanto y tan fuerte. ¿Qué pensaba ella? Mañana estaría lejos de aquí, estaría al otro lado de la campiña, tal vez incluso en la guerra. Abrí la boca para burlarme de ella y dije:

—De acuerdo.

Al día siguiente ella no regresó. Esperé todo el día; si hubiera tenido un reloj lo habría visto todo el tiempo. Aunque habría sido lo mismo porque no entendía las agujas. Se movían cuando uno no las miraba, así que obviamente odiaba los relojes.

Podían explicármelo todo lo que quisieran, eso no era normal.

Una montaña, eso era fácil de entender: se quedaba quieta, no le pedía nada a nadie, era siempre una montaña y no se convertía en un pastelillo de chocolate o en una llave de tres cuartos cuando le dabas la espalda. Me gustaba el valle, la estación, la campiña, porque siempre eran iguales. A pesar de que se cubrían de nieve en invierno, uno podía fácilmente reconocerlos, era como si estuvieran disfrazados. Pero yo sabía que básicamente eran lo mismo. Era solamente un juego.

Casi siempre me aburría. En la estación siempre había algo que hacer, como levantar cosas pesadas o pulir el teléfono. Después de eso podía tumbarme y sentir mis músculos duros como el hierro bajo mi piel, o ver brillar la baquelita y el día pasar.

Allá en la campiña no sabía cómo ocupar mis manos que colgaban, demasiado pesadas, al final de mis brazos. Lo único que se podía hacer era caminar —lo que no me agradaba porque estaba esperando a Viviane— o escalar las pacas de heno. Pero eso era peligroso. Mi abuela me contaba que, cuando era pequeña, casi queda aplastada bajo un costal de harina sobre el que estaba jugando y que de repente se rodó. Los padres de mi abuela eran panaderos. Costales de harina, pacas de heno, no me parecían tan diferentes.

No quería jugarle al tonto y arriesgarme a que Viviane me encontrara muerto. Entonces verdaderamente parecería un idiota. Me mantuve entonces alejado de las grandes pacas.

Tengo que hablar de mi abuela porque ella fue una de las personas que me hablaban con normalidad. Los otros fueron Viviane, por supuesto, y Matti, el pastor.

Mi abuela nació en un país que estaba muy lejos, el nombre terminaba con una *A*, una *E* o una *I*, en todo caso no terminaba con una *Z*, de lo contrario me acordaría. En cualquier caso, era un país que tenía *R*. Creo también que ella hablaba de una guerra allá, pero entonces yo era demasiado pequeño y eso todavía no me interesaba. Me gustaba que me contara sobre la panadería; era difícil imaginarla siendo niña y cubierta de harina, porque era vieja y siempre vestía de negro. Sus historias eran mejores que los libros que no podía leer. Era la madre de mi madre. Un día llegó a la estación y se quedó a vivir en nuestra sala. Yo crecí y ella se hizo más pequeña. Una noche ella desapareció por completo. Escuché ruidos, voces, susurros, traté de abrir los ojos, pero no pude y, a la mañana siguiente, cuando me desperté, mi abuela ya no estaba allí. Había muerto, me dijeron, como el hijo de los Martel a quien habían confundido con un jabalí. Me llamó la atención porque no veía cómo podía confundirse con un jabalí.

Mi abuela siempre me decía que alguien había lanzado un *conjurrro* a mi *madrrrrre*, que esa era la razón por la que yo era como era y que no debía escuchar las cosas desagradables que la gente decía sobre ella. Nunca había escuchado a nadie decir algo desagradable sobre mi madre. No veía cómo podía ser posible. La abuela me hacía rezar el rosario; todos se sorprendieron de que lo hubiera aprendido cuando yo nunca retenía nada. El rosario era fácil. Siempre había la misma cantidad de cuentas, el mismo número de palabras por cuenta y las cuentas brillaban. Todo era perfecto. No sé qué pasó con ese rosario, creo que se fue con ella.

No me aburrí mucho en la campaña porque, al mediodía, me dio hambre. Cuando tenía hambre en casa me daban comida, pero allí estaba solo y era necesario que me las arreglara solo también. De repente, me pareció menos entretenido ser un hombre, eso era quizás lo que Viviane había intentado decirme. La imaginé sentada frente a un buen plato de lentejas, mi plato favorito, porque ella no había intentado ser otra cosa que lo que era. Ella era

inteligente, Viviane, lo había entendido en ese momento, y por eso quería verla de nuevo. También un poco porque era bonita.

Mi estómago gruñó sólo con pensar en las lentejas. En mis bolsillos encontré cinco dulces que había robado de los frascos de la estación cuando mis padres no miraban, y también medio caramelo Carambar. Los mastiqué lentamente. Calmaron un poco mi hambre, pero no lo suficiente. Había visto dos madroños bien cargados en el borde del acantilado, casi colgando del vacío, pero me daba miedo perderme la visita de Viviane si abandonaba mi peñasco. Dudé un largo rato, la chica con los ojos negros por un lado, el gran madroño amarillo y rojo por el otro. El madroño ganó.

Dejé mi chamarra en el piso con las mangas cruzadas para que ella pudiera ver que aún estaba allí y me fui. Me apuré, en un dos por tres podé los árboles y me comí todos los frutos que pude, incluso aquellos que estaban demasiado maduros. No era que supieran bien, sólo sabían a azúcar pero con el hambre eran más que suficiente. Volví contento a mi peñasco, hasta que pensé que tal vez debería haber guardado algunos frutos en vez de atiborrarme, pero ya era demasiado tarde. Habría querido darme unas cuantas bofetadas.

Sabía que el agua, al menos, no sería un problema. Aquí crecían los pastos alpinos. Siempre había un pequeño estanque en algún lugar entre la hierba, a veces podías meter tu pie en él sin darte cuenta. También estaban los abrevaderos llenos de agua negra debido al fondo de pizarra, tan hermoso que hacía que quisieras hundir la cabeza en ellos.

Mi chamarra todavía estaba en su lugar, sabía que ella no había venido. Si hubiera venido, le habría hecho algo a la chamarra, como mover los brazos o doblarla para darle una forma divertida. De eso estaba seguro, tenía la impresión de saberlo aun cuando sólo habíamos hablado una vez.

La noche cayó. Me apoyé contra mi peñasco, hacía calor, cerré los ojos sólo un minuto para recuperar las fuerzas y, cuando volví a abrirlos, ya era de día. Me había quedado dormido sin haber tenido que encender y apagar mi lámpara tres veces y no estaba muerto. Por un lado fue tranquilizador, pero luego tuve un poco de miedo. Parpadeé tres veces: nunca se sabía, eso podía reemplazar a la lámpara cuando fuera necesario.

Di unos pasos sobre la hierba, todavía tenía ese brillo matinal, un gran beso húmedo a mis pies. Quería quedarme allí, me sentía bien, pero mis pies

seguían caminando hacia el borde de la campiña para llevarme a la estación porque sabían que no podía quedarme solo. No solamente se lo habían contado a mis doce años, sino que también se habían estado susurrado el uno al otro durante la noche y habían decidido irse a casa sin decir una palabra, y tal vez era mejor así. Con un poco de suerte había demostrado lo suficiente, tal vez la gente que venía a llevarme se daría cuenta. Me estrecharían la mano diciendo que habían venido por nada.

Todavía era necesario recuperar mi chamarra, la había dejado sobre el césped. Mis pies se negaron a regresar, les supliqué pero no me escucharon. Tuve que regresar caminando hacia atrás. Mi chamarra estaba mojada pero me la puse de todos modos, ya hacía calor. Subí una vez más al peñasco para despedirme de la campiña.

Sentí una gran ráfaga de viento, tan fuerte que era como una pared, podría haberme recostado en ella y ahí quedarme dormido. Luego la ráfaga pasó, la hierba de la campiña se recuperó y vi la esbelta figura que avanzaba hacia mí.

8

Viviane había salido del viento, nos sentamos sin decir nada detrás del peñasco, bien protegidos. Era agradable verla de nuevo, pero yo tenía demasiadas palabras, no lograba hacerlas salir.

Ella tenía el ojo izquierdo morado. El izquierdo es el lado donde la suela de mis zapatos se desprende un poco. Afortunadamente me había ido con el par correcto.

—¿Tu padre te hizo eso? —le pregunté.

—No, no fue mi padre. Me lo hice yo sola.

Eso era suficiente explicación para mí, pero ella continuó.

—Quería saber cómo se sentía. Me di un puñetazo.

Tenía lógica, asentí. Ella se volteó hacia mí, arrodillándose en la hierba.

—Si te pidiera que me golpearas, ¿lo harías?

—Si tú quieres.

—Adelante, hazlo.

Me arrodillé frente a ella, apreté mi puño. Ella cerró los ojos pero no pude moverme. Fue extraño, no pude hacerlo, quería hacerle un favor, pero sentí que me estaba mirando a través de sus párpados cerrados. Ella sonrió otra vez sin abrir los ojos.

—Lo sabía. No puedes levantar la mano sobre tu reina.

Yo sólo pude decir:

—¿Eh?

Nos sentamos con las piernas extendidas, las mías llegaban más lejos que las suyas. Ella tenía unas sandalias bonitas sobre sus pies blancos.

—¿Dónde vives, Shell?

—En la estación.

—¿Qué estación?

Señalé el borde de la campiña.

—La que está después del puente de Tuves. ¿Y tú?

—Es un secreto. ¿Sabes quién soy?

Negué con la cabeza.

—Soy la reina.

Yo quise saber la reina de qué. Ella extendió los brazos.

—De todo lo que ves.

—¿La campiña?

—La campiña.

—¿Las montañas también?

—Las montañas también. Yo soy la reina de la campiña y de las montañas. ¿Quieres servirme?

—Sí. Sé cómo llenar los tanques de combustible.

Ella se rio y, no sé por qué, yo también me reí. No había tenido amigos antes y creo que era eso lo que estaba sucediendo.

—Servirme es hacer todo lo que digo. No sólo llenar taques.

—De acuerdo.

—Espera. Hay reglas. Primero, no debes tocarme a menos que te lo permita. Yo soy tu reina. Júralo.

Asentí, nunca había visto una reina antes, pero todo parecía tener sentido para mí.

—Lo juro.

—Y finalmente, y esto es muy importante, no debes tratar de encontrarme. Siempre soy yo quien vendrá a buscarte.

—¿Por qué?

—Porque si descubrieras de dónde vengo, el hechizo se rompería y me convertiría en una chica común y corriente. Perdería todos mis poderes.

—¿Tienes poderes?

—Muchos.

—¿Puedes hacer que llueva?

—Sí.

—¿Puedes hacer que sople el viento?

—Claro.

—Muéstrame.

—No puedes darle una orden a tu reina. Jura que nunca intentarás encontrarme.

—Lo juro.

Se levantó, se sacudió el pasto de su vestido, recuerdo que era azul.

—Siempre nos encontraremos aquí y exploraremos juntos mis dominios —dijo con su estridente voz de reina—. ¿Alguna pregunta?

Respondí que no tenía ninguna pregunta. Lo había entendido todo, sobre todo la parte del hechizo, a mi madre también le habían lanzado uno. Por supuesto que sabía que no era lo mismo, que toda esta historia con Viviane era una especie de juego, mientras que el hechizo que tenía mi madre era verdadero y que yo era la prueba. Pero Viviane parecía seria y no quería decepcionarla.

Sólo le dije que tenía mucha hambre. No sabía cómo iba a ser capaz de servirle estando tan hambriento. Ella me dijo que no me preocupara, usó una frase complicada pero no me atreví a pedirle que la repitiera. Básicamente entendí que iba a traerme comida y recé mucho para que fueran lentejas.

Hicimos un juego, fue ella quien tuvo la idea. Teníamos que encontrar la catarina con más puntos. Al principio tuve problemas, encontraba muchos puntos, pero no había catarinas, y Viviane me enseñó a buscar: primero, la catarina, muy roja y muy brillante, y sólo entonces los puntos. Cuando ella explicaba algo, todo parecía mucho más simple. Era gracioso ver a Viviane con las catarinas. Se podría creer que estaba asustada, gritaba de emoción cada vez que una se le subía a la mano. Yo daba un espectáculo, tomaba varias a la vez, aunque al escuchar un rechinado empecé a tener un poco de miedo también, incluso sin saber bien qué era. Viviane parecía saber más cosas que yo y, si ella tenía miedo, tal vez había una buena razón.

Me dejó ganar, lo sé porque ella me lo dijo. Yo estaba feliz de todos modos. Finalmente se levantó, tenía que irse. Justo antes de irse, se dio la vuelta hacia mí.

—¿Lo notaste?

—¿Qué?

—El viento se detuvo. Yo se lo ordené. Iba a arrugar mi vestido.

Trepé a mi peñasco y los miré volverse pequeños, a ella, su vestido azul y

su ojo morado. No más grandes que un arbusto, una hierba, un insecto, nada en absoluto, el horizonte ondulaba.

Aunque sabía que era un juego, ciertamente el *travesso* se había detenido.

9

Fue Viviane quien me despertó, emocionada. Yo no había dormido bien, había tenido frío en la noche, me había quedado temblando mientras miraba las estrellas hasta el amanecer.

—Todo el mundo te está buscando —dijo ella—. Hay que esconderte.

Había corrido, se podía notar en sus mejillas rojas; quería frotarlas para tener ese rojo en el extremo de mis dedos, como cuando uno borra una palabra en el pizarrón. Sus ojos me dolían menos que antes, quizá me estaba acostumbrando al enojo que había en ellos, o quizá hoy no estaba enojada.

Dijo que los policías habían ido a su casa. Estaban buscando a alguien, al chico de la estación de servicio que se había ido por la noche, ¿lo había visto? Me habían descrito con exactitud, incluso mencionaron la chamarra Shell. Parece que también había aparecido en el periódico.

Viviane quería saber si yo era un criminal. Le pregunté que qué quería decir eso.

—Alguien que ha hecho algo malo.

Le dije que nunca había hecho nada malo, y luego me avergoncé por haberle mentido, porque sentía que uno no debía mentirle a una reina. Entonces le dije que una vez había limpiado las bombas mientras mis padres no estaban, sabiendo que no tenía permiso. Ella dijo que eso no contaba, que no era eso, que no era un criminal. Le conté también de la vez que casi incendié la estación al prender un cigarro, pero ella decidió que tampoco contaba porque había sido un accidente. Me preguntó si ya había matado o robado a alguien, pero no, nunca había matado a nadie. Y los dulces,

realmente no los había robado pues ya eran nuestros.

Se quedó pensando y dijo que no podía permanecer allí, bajo mi peñasco, que tenía que encontrar un lugar para vivir hasta que ya no me buscaran. Estuve de acuerdo, debo decir que realmente no me gustaba dormir a la intemperie. Me hacía falta mi cama. Siempre había tenido la misma desde que nací, al menos eso creo, y aunque me quedaba un poco chica porque había crecido, se me hacía un nudo en el estómago con sólo pensar en mi almohada con dibujos de aviones. Sentí que mi labio comenzaba a temblar.

Viviane fingió no darse cuenta de nada. Se dio la vuelta para arañar algo en la roca y eso me dio tiempo suficiente para pasar la manga de mi camisa sobre mis ojos.

Ella dijo que conocía un lugar y que podía llevarme allí. Era una pequeña cabaña de piedra gris, del tipo que usaban los pastores y los cazadores. Un gran arbusto de zarzas muerto bloqueaba la puerta, pero había un agujero en la pared trasera, justo donde esta se inclinaba y se convertía en el techo; bastaba con trepar por las rocas caídas para entrar a la casa. No era tan buena como mi habitación en la estación, pero me gustó de todos modos porque me hizo pensar en una nave espacial. Desde el interior sólo se podían ver las paredes curvas y un círculo de cielo; también se parecía a esas casas de hielo que aparecían en mi libro favorito, aquel que había leído y releído, porque tenía imágenes enormes y casi nada de texto.

Viviane sacó unas barras de chocolate de su bolsillo, una manzana y un trozo de queso. De repente me dio mucha hambre, no había comido nada desde el madroño y devoré todo como un oso. Luego nos tumbamos bajo el cielo redondo; imaginé que estábamos al final de un telescopio gigante y que, en el otro extremo, alguien podría estar mirándonos. Casi hice un gesto, pero me contuve para no parecer ridículo. Viviane movió los pies y se dio la vuelta hacia mí.

—¿Qué hacemos?

Me encogí de hombros. No lo sabía, ella era la reina. Yo sólo seguía órdenes y eso me sentaba bien. Sentía que podía obedecerla a ella sin sentirme como un niño.

—Podríamos explorar, pero es demasiado peligroso —continuó—. Es mejor esperar un poco, en caso de que vengan a buscarte.

Para hacer la plática, le pregunté:

—¿Dónde está tu casa?

—Ya te lo he dicho. No debes tratar de averiguarlo.

—¿Por el hechizo?

—Por el hechizo.

Le expliqué que mi madre también tenía un hechizo. Eso le interesó. Se sentó con las piernas cruzadas, quería saberlo todo. ¿Quién se lo lanzó? ¿Por qué? Pero yo no lo sabía, mi abuela sólo me había dicho que era el *Malocchio* y yo me había imaginado un tipo de mirada malvada, con una capa negra, zapatos de payaso y lentes gruesos que hacían que sus ojos parecieran enormes. No sabía por qué él se había enojado con mi madre, pero es verdad que a veces podía ser molesta.

Viviane siguió haciéndome preguntas, eso no era suficiente para ella. ¿Qué hacía el hechizo? Le dije que me había hecho a mí y ella me miró con curiosidad, como si esperara más. Pensé en lo que era ser yo para poder explicárselo, usando las palabras correctas.

En Malijai, el doctor Bardet me pidió que me sentara en la sala de espera mientras hablaba con mis padres. Fingí aceptar, tomé una revista y me senté con los pies apoyados en el suelo. Tan pronto como cerró la puerta, fui a escuchar; aprendí en casa que así es como escuchamos las cosas más interesantes, la gente habla mejor detrás de las puertas.

El doctor Bardet usó muchas palabras complicadas y, como mis padres tampoco parecían comprender, les explicó que mi cabeza había dejado de crecer.

Me hizo reír, porque era como si no estuviera hablando de mí. Mi cabeza, por el contrario, era grande, mucho más grande que las demás. Era el mundo el que era pequeño y yo no veía cómo podría caber algo tan grande en algo tan pequeño. Fue como cuando el maestro me pidió que hablara sobre el descubrimiento de no sé qué país. Inmediatamente pude ver los grandes paisajes, llenos de indios que combatían, tiroteos por todas partes, todo era polvo y gritos, mi corazón latía, tenía miedo de los caballos, de los indios aulladores y de los disparos, temía morir, no podía respirar. Así que me puse debajo de mi escritorio. Esa vez nadie se rio, salvo por Victor Macret, mi enemigo jurado, el que siempre me empujaba por los corredores. Aunque es justo decir que un día lo llamé *Magret de pato* delante de todos, provocando la risa de toda la clase y su enojo perpetuo.

En resumen, fue por esta historia de indios que yo ya no pude ir a la escuela. Al día siguiente el director mandó llamar a mis padres. Ahí fue cuando hablaron sobre una escuela especial, así fue como comencé a trabajar en la estación y, finalmente, cuando uno lo piensa, también fue la razón por la que llegué a la campiña.

Quería explicarle todo esto a Viviane y dije algo así como:

—Haaaan.

Así pasaba, cuando quería decir algo tan inmenso siempre terminaba diciendo algo muy pequeño.

Apareció el sol en el círculo del cielo, entró primero por el lado del zapato izquierdo, nos deslumbró y los dos gritamos, jugamos a imaginar que era la policía que venía a buscarme. Si te tocaba la luz quedabas atrapado, debíamos correr en círculos, quedarnos acurrucados en la sombra y yo debía tener mucho cuidado de no tocar a Viviane.

Luego se fue el sol y de repente empezó a hacer un poco de frío. Viviane se estremeció, me miró y fue entonces cuando tuvimos nuestra primera pelea. Incluso hoy no entiendo muy bien por qué.

Ella me miraba de una manera realmente extraña, directamente a los ojos, como si estuviera esperando alguna cosa. También me le quedé mirando con todas mis fuerzas porque cuando alguien me mira tiendo a devolver la mirada en la misma forma. Ella finalmente dijo:

—¿No ves que tengo frío?

Pues sí, le dije que claro que podía verlo, ya que se veía que tenía escalofríos. Eso pareció molestarla aún más.

—Pues dame tu chamarra, idiota.

Me quedé inmóvil, no porque me llamara idiota, sino porque no quería darle mi chamarra. Había tenido que llenar muchos tanques para tener derecho a usarla. Yo era inteligente con esta chamarra, incluso si ahora me hacía ver un tanto extraño, con las mangas demasiado cortas y los hombros demasiado anchos.

Ella se dio cuenta de que yo ponía mala cara, pero cruzó los brazos sobre sus pechos de niña y alzó el mentón.

—Juraste obedecerme.

Ahí realmente me arrepentí de haber jurado. Mi abuela me decía que los mentirosos terminaban en el infierno. Ella me había mostrado un dibujo en

uno de sus libros y no se veía nada divertido.

Así que me quité la chamarra para no irme allá, al infierno, con el Malocchio, con sus grandes lentes y sus zapatos de payaso.

Viviane se la puso así nada más, como si fuera sólo una chamarra. No le quedaba para nada, no sé cómo explicarlo, pero se veía horrible. Mi boca se retorció y comencé a llorar. Traté de contenerme porque un hombre no llora, pero cuanto más quería parar, más lloraba. Nunca había estado tan lejos de casa. Extrañaba a mis padres, el gran silencio de la estación cuando comíamos, el sonido de la televisión, la baquelita del teléfono, el olor a grasa e incluso aquellas cosas que no me gustaban, como el olor del C o la graciosa sensación que tuve al tocar el algodón.

Viviane se acercó y me tomó entre sus brazos. Presioné mi cabeza contra ella y seguí llorando. Ella decía ya, ya, que todo iba a pasar. Pero no se quitó la chamarra.

Eso, lo que hacía Viviane, era ser una verdadera reina.

El cielo se volvió violeta, había un toque de regaliz en el aire que yo saboreaba a pequeños lametones y sabía realmente bien. Viviane finalmente me había devuelto la chamarra y me sentía mejor.

Habría querido que se quedara, ella era mi mejor amiga. Sólo poder decir eso me hacía sentir orgulloso. Antes, en la escuela, todos tenían mejores amigos excepto yo. Era como una gran masa de amistad alrededor de la cual giraba sin poder entrar. Me hizo pensar en los anillos de Saturno, encontré una ilustración en una barra de chocolate y la pegué sobre mi cama. Todavía estaba allí, sólo que un poco descolorida.

Le pregunté a Viviane si quería vivir conmigo en la cabaña, pero ella respondió que tenía que volver al castillo, de lo contrario la reina madre la buscaría. Para retenerla, le pedí que me contara sobre su castillo, luego puse mi mano sobre mi gran boca porque recordé que no podía hacer ese tipo de preguntas. Sus dientes blancos, ligeramente curvos, mordieron su labio y suspiró.

—Es muy grande. Comemos en una mesa enorme, servida por mil sirvientes, y no tenemos derecho a hablar.

Entonces no era tan diferente de mi casa, a excepción de los mil sirvientes. En la estación tampoco se nos permitía hablar debido a las noticias, de lo contrario podríamos perdernos algo.

—Los sirvientes son cisnes convertidos en pajes —continuó ella—. Hay mil habitaciones en el castillo y cambian de lugar todas las noches. Puede a uno tomarle mucho tiempo regresar a su habitación y por eso a veces estoy cansada en las mañanas.

La escuchaba con la boca abierta. Sabía que estaba inventándolo todo, pero eso no era lo que me preocupaba. Viviane tenía una forma de inventar tan verdadera que te obligaba a creerle. Me incomodaba un poco cuando pensaba en las habitaciones que cambiaban de lugar, eso no me gustaba.

—Por la noche, los candelabros se encienden solos, no hay focos sino fragmentos de piedra lunar. Mi cama es tan grande que tengo que caminar un poco para llegar al centro. El colchón está relleno de semillas especiales que crecen en el Sol.

Con esto estuve realmente seguro de que ella estaba inventando, porque nunca había oído de semillas que crecieran en el Sol. Es cierto que hay muchas cosas que no sé, pero teníamos un huerto en la estación y sabía un poco de eso, creo que mi madre me habría hablado de esas semillas del Sol si existieran. Me sentí mal porque mi pensamiento giraba en diferentes direcciones, las habitaciones cambiantes, las semillas que no existían. Tuve que cerrar los ojos por un momento.

Viviane se levantó, me tendió una mano y la tomé. Me vi forzado a dejarla ir. Nos dijimos hasta mañana.

La vi desaparecer; quería abrazarla tanto que seguí imaginando su silueta mucho después de que se fue. Luego cayó la noche y me obligó a ir a casa. Encontré un viejo montón de paja en un rincón, lo extendí en el piso y me acosté con mis manos detrás de mi cabeza. Me di cuenta de que había olvidado por completo mi historia de guerra, mis medallas, mi heroico retorno. Estaba un poco avergonzado. No quería ser visto como un cobarde cuando regresara. Pero tenía una reina y sabía que haría todo por ella, no porque lo hubiera jurado sino porque quería, y pensé que tal vez eso era ser un héroe: hacer cosas que uno no está obligado a hacer.

Y si eso no era suficiente para mis padres, si ellos insistían con mi hermana en mandarme lejos, entonces traería a Viviane. Ella les diría que no podía estar sin mí y que, en todo caso, ella era la reina y que tenían que hacer lo que ella ordenara, punto final, nada qué discutir.

No veo qué podrían decir mis padres frente a eso, con su ridícula estación

donde las habitaciones ni siquiera cambiaban de lugar.

10

He dicho que nunca tuve amigos, pero esto no es del todo cierto. Tuve a Richard, un poco antes de que me obligaran a dejar la escuela. No había pensado en él en mucho tiempo y hacerlo me tomó por sorpresa.

Richard llegó a mitad del año. Era delgado, incluso de frente parecía estar de perfil y tosía con frecuencia. Sólo había una butaca libre, al lado de la mía, y fue ahí donde el maestro le dijo que podía sentarse. En el recreo me quedaba solo y él también, así que, algo obligados, pensamos que valía más la pena estar juntos estando solos. No lo dijimos con palabras, sólo sucedió.

El padre de Richard tenía un trabajo importante en una fábrica en el llano. No vivían allí, en el llano, porque su madre pensaba que el aire era mejor en nuestra campiña. Habían ocupado una casa en el pueblo, una de esas viejas barracas de piedra que nadie quería. Era extraño porque parecían tener dinero. Richard me explicó que nunca se quedaban mucho tiempo en el mismo lugar, que su padre siempre cambiaba de lugar de trabajo. A menudo los veíamos en la estación, a diferencia de otras personas en el pueblo que cargaban gasolina en otro lado por ser más barata, pero que siempre venían a llorar con nosotros si necesitaban una reparación.

Victor Macret de inmediato odió a Richard. Pero cuando Macret lo empujaba o le metía el pie, a Richard no parecía molestarle. Se levantaba y ya, mientras tosía como una locomotora miniatura. Lo admiraba, porque cuando era a mí a quien le tocaban los golpes me enojaba tanto que comenzaba a temblar, dejaba de poder controlarme y tenían que llevarme a la enfermería aunque no tuviera nada, hasta que pudiera calmarme. Si

hubiera sido más valiente juro que habría matado a Macret, incluso había imaginado varias maneras de hacerlo. En mis sueños me suplicaba, pero lo mataba de todos modos, y todos me daban pequeñas palmadas en la espalda y me decían que qué bien lo había hecho, que los había librado a todos de él.

De la escuela tengo pocos buenos recuerdos, pero los que tengo son gracias a Richard. Él hablaba conmigo y parecía entenderme aun cuando no podía decir nada, porque las ideas ocupaban demasiado espacio en mi cabeza y no conseguía hacerlas llegar a mi boca. Pero me agradaba especialmente Richard por lo que sucedió después de la obra de la Navidad, en la que actué del burro.

Estábamos cruzando el patio. Macret estaba sentado en un banco y gritó en voz alta para que todos lo oyeran:

—¡Ahí van, Hi-Han y el Judío!

Continuamos caminando, pero Macret nos siguió mientras rebuznaba «*hi-han, hi-han!*». Richard se dio la vuelta. Recuerdo bien su rostro porque no tenía expresión alguna. No estaba triste, no estaba enojado, nada. Macret dijo algo así como: «¿Algún problema, sucio...?», pero no pudo terminar su frase. Richard le *desarmó la boca*, eso es lo que todo mundo dijo después de que ocurriera esto. Fue necesario que el director y el supervisor lo sostuvieran. Macret se quedó en el suelo, con la nariz rota y sangre por todas partes.

Cuando el director le preguntó qué lo había llevado a hacerlo, Richard se encogió de hombros.

—No lo sé, ni siquiera soy judío.

Yo no sabía lo que era ser eso, ser judío, pero lo fuera o no Richard era alguien. Después de eso, Macret no se atrevió a acercarse a nosotros. Incluso me dejó en paz y me sentí fuerte, haciendo mi mirada asesina cuando me lo encontraba, y lo veía que rechinaba los dientes, pero se quedaba sin decir nada. Fue entonces cuando me atreví a llamarlo *Macret de pato* delante de todos.

Un día, Richard se fue. Nunca supe si fue por lo que estoy contando aquí o porque su padre había cambiado nuevamente de lugar de trabajo. Recibí dos o tres cartas que mi madre me leyó y donde Richard me contaba que estaba en un internado. Después las cartas se detuvieron. No sabía en qué se había convertido. Luego de la partida de Richard, Macret volvió a ser el

mismo de antes.

Quise ver a Richard de nuevo y presentarle a Viviane. Todos podríamos vivir juntos en su castillo, donde nadie podría decirnos qué hacer, donde nadie podría venir para llevarnos. Estoy seguro de que se habrían llevado bien los dos.

Me desperté a mitad de la noche. La luna llenaba el agujero en el techo, estaba tan grande que apenas se podía ver un pedazo de cielo en los bordes.

La tenía dura como a veces me pasaba. En esos casos no podía pensar, no podía pensar en otra cosa aparte de eso. Mi mano descendió y me masturbé; podía ver mi revista incluso con los ojos cerrados, la conocía de memoria, y terminé por explotar en un grito.

Finalmente, me alegré de que Viviane no se quedara, porque no habría querido que ella me viera así, esto no tenía nada que ver con ella, lo que hacía ahora. Era una parte de mí que ni siquiera me pertenecía a mí mismo, así que no podía dárselo. Ella, Viviane, podría tener todo lo que quisiera, pero esto no. Ni siquiera el Malocchio podía tenerlo, no sé por qué, pero estaba seguro de ello. Sólo para estar absolutamente seguro, recité dos rosarios antes de quedarme dormido.

El verano estaba comenzando, el verano de 1965, sabía el año porque estaba señalado en el calendario del taller y las cifras terminaban por quedármeme tatuadas en el cerebro a fuerza de verlas. Sólo tenía problemas al conectar unos años con otros. También tenía algo de problemas al comienzo de cada nuevo año, en el tiempo en que la cifra del año que pasaba desaparecía ante mis ojos.

Hacía calor, tenía mi casa con agujero en el techo, nadie me daba órdenes, aparte de Viviane, pero eso me gustaba. Me sentía invencible y

pensaba que esto duraría para siempre. Así, en los días siguientes cuando Viviane llegaba, me llenaba con todos nuestros juegos como con los frutos de mi madroño, sin pensar en el futuro, sin saber que ella pronto desaparecería por un largo tiempo y dejaría atrás un árbol vacío.

En cierto modo, fue esa la última vez que nos vimos así porque después las cosas no volvieron a ser lo mismo. Lo peor es que fue mi culpa. Podemos verlo de muchas formas. De cualquier manera, fui yo quien rompió el hechizo.

Ella siempre llegaba por el mismo lugar, por donde los campos subían a las montañas y donde sus ondulaciones ocultaban lo que había en los huecos. Me instalaba en el tejado para esperarla, tenía miedo de que no viniera pero ella siempre aparecía a lo lejos y se iba convirtiendo en ella: Viviane. La reconocía por su cabello y la forma en que caminaba sin perturbar nada a su alrededor. Debía contenerme, pues tenía ganas de correr a alcanzarla. Bajaba las escaleras y la esperaba en mi casa, haciendo como que no me importaba, como cuando esperaba a Santa Claus antes, antes de que el imbécil de Macret me dijera que no existía. ¿Qué sabía Macret, de todos modos? Le grité que Santa no iba a su casa y que por eso nunca lo había visto antes, pero mis padres finalmente me confesaron la verdad. Me acosté en mi habitación y no me moví durante tres días, incluso tuvieron que llamar al doctor Bardet. Como él no estaba, vino su reemplazo, una doctora. Miré sus pechos mientras ella me revisaba y eso me hizo mejorar de inmediato. Desde entonces, mis padres les dijeron a todos que la sustituta era la mejor doctora de la zona, incluso mejor que Bardet. Yo estaba de acuerdo.

Viviane apareció en el agujero, frunció la nariz y dijo:

—Huele a hombre aquí.

Por un lado, por supuesto, me gustó escuchar eso. Fingí estirarme y me toqué discretamente debajo de los brazos. No se sentía como mi padre, él sí era un hombre de verdad, pero no estaba mal. La cosa era que, por lo general, me entraba el pánico de no estar limpio. Mi madre, una vez a la semana, me tallaba en el baño con un jabón que dejaba un buen olor a cielo azul sobre la piel. Habíamos visto ese jabón en un anuncio que explicaba que atacaba la mugre, pero no la piel, y era cierto ya que lo usé durante años y

todavía tenía la misma piel. Así que no decían puras mentiras en los anuncios, como Cédric Rougier trató de hacerme creer un día.

Por primera vez, desde que estaba en la campiña, noté que mis calcetines estaban sucios; también mi chamarra Shell tenía manchadas las mangas. Mi cabeza comenzó a girar y eso, por lo general, sólo podía significar una cosa: iba a terminar tumbado en la oscuridad hasta que esto pasara. Pero Viviane entró, se coló entre mis grandes barreras de miedo y se sentó a mi lado. Quizás tuve una premonición, quizás sentí que debía aprovecharme de ella porque mi malestar terminó. O quizás, simplemente, era que donde estaba Viviane no podía haber oscuridad.

Sin embargo, ese día ella no era la de siempre. No sonreía, y sin su sonrisa que silenciaba sus ojos, parecía diferente. Me trajo dos sándwiches que me vio comer sin decir una palabra. Le mostré sonrisas llenas de migajas pero ella no respondió.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó de repente.

Seguí masticando porque no entendía la pregunta, le faltaban cosas, así que era mejor hacer como que no escuchaba. Obviamente Viviane lo vio todo, lo sabía todo, me empujó un poco fuerte y repitió como si estuviera enojada:

—¿Qué vas a hacer?

La miré un poco perdido, traté de inventar el resto de la pregunta, todas esas cosas que faltaban y que otros parecían entender pero no yo. Ella suspiró y dijo con más suavidad:

—¿Qué vas a hacer cuando me haya ido?

Me sentí mejor, vamos, estaba claro. Le dije que ella siempre estaría aquí, que no tenía que preocuparse por eso. Sus ojos me regañaron.

—No, Shell, no siempre estaré aquí. No puedes quedarte aquí solo.

—Sí puedo.

—Ahora puedes, porque te traigo de comer, porque es verano. ¿Sabes cómo es el invierno aquí?

Conocía el invierno muy bien, se lo dije. El invierno era blanco y gris y negro con agradables olores a humo, era la temporada de las mentiras, cuando las pistolas de las bombas de gasolina te decían que estaban calientes pero te congelaban los dedos, cuando uno promete hacer cosas pero no hacemos nada porque estamos mejor en el interior de la casa. Me encantaba

el invierno, pero todavía no había llegado, así que tuve problemas para hablar de eso.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté en cambio.

Allí se convirtió de nuevo en la Viviane que conocía, casi sin darme cuenta.

—Uno no le pregunta su edad a una reina.

—De acuerdo. ¿Pero cuántos años tienes?

Parecía querer estrangularme, era una actitud que conocía bien en las personas.

—¿Me escuchas? Debes-volver-a-tu-casa.

Dejé lo que me quedaba de mi sándwich, me limpié los dedos en mis pantalones y me pasé la lengua sobre los dientes. Tuve la sensación de levantar una tonelada, la palabra más pesada que jamás hubiera pronunciado, porque podía hacer cualquier cosa que Viviane me pidiera, todo menos eso.

—No.

—Shell, debes extrañar a tus padres. ¿Lo has pensado? Es por eso que la policía te está buscando. No para castigarte. ¿Tus padres son malos contigo?

No, no eran malos; si recibía una golphiza era siempre por buenas razones, pero querían enviarme lejos. Le conté sobre el folleto con las personas sonrientes en los pasillos. No era fácil vivir conmigo, le expliqué, así que, mirándolo bien, era mejor vivir solo.

—Está bien —dijo después de un largo tiempo—, puedes dejar de llorar.

No me había dado cuenta de que estaba llorando. Eso explicaba los pequeños charcos que se formaban en el polvo entre mis piernas y que miraba con curiosidad, me estaba preguntando de dónde venían.

—Mírame —dijo ella.

Traté de levantar la cabeza. No pude, fue como si mis ojos estuvieran atados al suelo con cordones. Me daba vergüenza llorar así, sin razón; eso siempre les molestaba a todos en la estación, excepto a mi hermana; cuando ella estaba allí, ella lloraba conmigo. Me dieron cápsulas al principio, yo no entendía cómo podían funcionar, ya que eran muy pequeñas y yo tenía muchas lágrimas, muchas más de las que podían caber en una cápsula. Las cápsulas no habían cambiado nada y las dejamos, además eran caras. Al crecer, de todos modos, lloraba un poco menos.

—¿Te gustaría que te dijera mi edad? —preguntó amablemente Viviane.
Asentí, todavía sollozando.

—Trece. Casi.

Asentí de nuevo pero los charcos siguieron apareciendo.

—¿Qué más quieres saber? Tengo un medio hermano.

Le pregunté qué mitad tenía; me miró, frunciendo sus cejas claras. Me pasaba todo el tiempo. Como no era exactamente como los demás, la gente no imaginaba que podía ser gracioso y hacer bromas. Entonces dejé de hacerlo. Richard me explicó que no elegía bien mi momento. Él trató de enseñarme, pero se fue antes de conseguirlo.

Viviane estalló en risas, yo también (aunque yo seguía, al mismo tiempo, llorando), y después me sentí mejor, era como esas grandes tormentas de verano que lavan lo sucio de los autos, había salido para dejar que la lluvia me lavara hasta que mi madre me gritó porque iba a atrapar la muerte. La risa de Viviane me había lavado y, después, sólo quedaba un aire limpio y claro entre nosotros.

De repente ella sugirió:

—¿Quieres que te dé tu regalo de cumpleaños?

Casi salté en el aire.

—¿Es mi cumpleaños?

Viviane se rio de nuevo.

—No sé. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Veintiséis de agosto —recité de memoria.

—Entonces no.

Me sentí un poco decepcionado.

—¿Todavía falta mucho?

—Poco más de dos meses —respondió sin necesidad de contar.

Los días importantes, esos no faltaban. El día en que Zorro pasaba en la televisión (así era como reconocía los jueves), el día de Navidad, el día del baño, el día de Todos los Santos. No sé por qué era importante, pero mi abuela se vestía más de negro que lo normal y estaba triste todo el día. Pero el más grande de todos, el rey de los días importantes, era el 26 de agosto, mi cumpleaños. Mi tiempo pasaba entre cada 26 de agosto, siempre estaba preparándome para el siguiente, especialmente desde que mi madre había aceptado poner una vela por cada año en mi pastel y ahora empezaba a tener

suficientes velas como para que se viera bonito. En el momento de soplarlas, entrecerraba los ojos y me daba la impresión de que había el doble de velas y que yo tenía el doble de edad. Siempre era mi padre quien finalmente soplabá en lugar de mí, diciendo que era necesario comerlo, ese maldito pastel, de lo contrario las velas se derretirían.

Exacto, no había nada mejor que el fondue de chocolate con cera derretida de velas, ese era el sabor de un cumpleaños. De lo contrario era sólo chocolate normal y eso podías tenerlo todo el año. Mi padre nunca lo había entendido. Intenté explicárselo un 26 de agosto mientras trabajábamos en el taller. Me dijo que dejara de hacer poesía y que le diera una llave inglesa del doce. Le di una estriada del ocho.

Levanté la mirada y cerré los ojos mientras contaba «dos meses, dos meses» en voz baja e intentando adivinar si estaba lejos o cerca. Viviane tocó suavemente mi mentón.

—No necesitamos esperar a tu cumpleaños. Puedo darte tu regalo de inmediato. ¿Lo quieres?

—Sí.

—Sí, *Majestad*.

—Sí, *Majestad*.

—Entonces vamos.

Escaló las piedras, yo la seguí, pero justo antes de salir tomé su mano para retenerla. O más bien, casi tomé su mano, pues recordé en el último momento que no tenía derecho a tocarla. Ella se estremeció de todos modos, sólo con el movimiento que yo había hecho, pero no hizo su cara de zorro como cuando la asusté. Le pregunté:

—¿Prometes que nunca te irás?

—¿Prometes que nunca volverás a llorar?

—Lo prometo.

Ella se quedó reflexionando y yo sonreí porque sus ojos habían dicho «sí» antes que sus labios.

—Entonces yo también lo prometo.

Nunca volví a llorar después de ese día, no sé por qué, no sé cómo. Pero mantuve mi promesa.

Viviane mintió.

Aun así, me dio el mejor regalo de cumpleaños.

12

Caminamos, cruzamos una pequeña colina. Le pregunté a Viviane a dónde íbamos pero ella sólo dijo que ya lo vería. Cuando desapareció la cabaña con el agujero en el techo, Viviane me pidió que me tapara los ojos.

—No hagas trampa, es una orden.

Ni siquiera se me hubiera ocurrido hacer trampa, no sé por qué ella no lo entendía. Apoyé las palmas de mis manos sobre mis párpados, sentí las manos de Viviane en mi cintura, dos mariposas musculosas que me hicieron girar como un trompo. Luego dijo que me quitara las manos de los ojos; lo hice, pero todo aún giraba alrededor de mí. Con la campiña girando por todos lados, yo ya no sabía dónde estaba.

Empezamos de nuevo. Viviane parecía saber lo que estaba haciendo, eso me tranquilizó. Se decía que había lobos en la montaña, yo no quería perderme y ser devorado. Comenzaba a hacer calor, escuchaba la tierra crepitar, se abría para llamar a la lluvia que no llegaba. El verano recién estaba comenzando, la iba a estar llamando por mucho tiempo.

Mientras caminábamos, Viviane me preguntó por qué había decidido ir a la guerra y le conté todo desde el principio, sin olvidar nada. Ella me explicó que, antes que nada, la guerra estaba lejos, mucho más lejos de lo que yo pensaba, tan lejos como para no poder llegar ahí caminando. Y si muriera, ¿qué ganaría con eso? Sólo haría llorar a mis padres. Me reí, le dije que no tenía pensado ir allá para morir, sólo para matar enemigos.

Viviane se detuvo, se dio la vuelta hacia mí. Un mechón se pegó a su frente debido a que estaba sudando y sus cortos cabellos se adherían a su

nuca.

—¿Y tus enemigos no tienen padres? —dijo.

Luego siguió su camino, yo la seguí, preguntándome qué había querido decir. En cualquier caso, ya no iba a ir a la guerra. Íbamos a quedarnos juntos, Viviane y yo, en la campiña. Quizá podría convencerla de que viviera conmigo, ya tenía algunas ideas sobre cómo dividir la cabaña para que ella tuviera su habitación y yo la mía. No nos dejaríamos nunca el uno al otro, un día alguien encontraría nuestros esqueletos uno contra el otro y pensaría: «Estos dos eran *realmente* amigos».

En mi cabeza una voz se rio, una voz burlona al final de un pasillo, como cuando tuve la idea de soltar el freno de mano de la grúa, sólo para ver si era lo suficientemente fuerte como para detenerla sosteniendo sólo la defensa. Era la voz de grandes catástrofes. No fue mi culpa que no pudiera detenerla, la grúa.

—¡Mis suelas se resbalan! —grité.

Viviane me miró y, esta vez, fue con la misma actitud extraña que la gente suele tener conmigo. Me puse rojo y, para desviar la conversación, le pregunté si quería jugar.

—¿Jugar a qué?

—A adivinar quién soy.

—Ok.

Hice una cara obvia, tan obvia que ella iba a adivinar quién era de inmediato, pero frunció el ceño y negó con la cabeza. Puse un dedo debajo de mi nariz para hacer un bigote, arañé el aire con movimientos cada vez más y más desesperados, pero sólo conseguí hacerla reír. Aun así, estaba un poco molesto.

—¡Don Diego de la Vega! —exploté.

Y tiré de mis cabellos hacia atrás para que ella pudiera ver cuánto me parecía a él, aunque me parecía aún más cuando mi cabello estaba mojado.

Ella se me quedó viendo sin comprender.

—¿Quién es ese?

Entonces fui yo el sorprendido, porque Viviane sabía mucho, pero no sabía quién era don Diego de la Vega, eso era lo mejor que podía haberme pasado. Claro, el sargento García tampoco lo sabía, pero él no era muy listo.

—¡Don Diego de la Vega! ¡El Zorro!

Le tracé una Z con mi espada invisible, ella hizo un gran y silencioso «aaaaah» con la boca. No es de extrañar que no adivinara, dijo, porque no era una Z lo que había hecho sino una especie de 8, o cuando mucho una S. Sin detenerse, me tomó de la muñeca y me enseñó a hacer una Z más bella.

Y así transcurrió nuestro viaje, aunque no me di cuenta de que habíamos llegado hasta que ella dijo:

—Llegamos.

«Llegamos» se decía fácil, faltaba saber a dónde. No veía nada extraordinario, la campiña estaba por todas partes como de costumbre, con sus montañas alrededor y su cielo arriba. Había visto mejores cumpleaños. Pero realmente no me podía quejar porque no era realmente mi cumpleaños.

Viviane debía saber lo que hacía porque tenía una pequeña sonrisa en la comisura de la boca. Me pidió que mirara hacia las montañas y contara hasta cien. Lo hice, se me cruzaron los cables, añadí letras en medio de las cifras, un pequeño fragmento de un poema que recordaba, una canción de cuna que mi madre solía cantarme, y cuando consideré que lo que había pensado valía alrededor de un centenar, me di la vuelta.

Viviane se había ido. Lo juro. No había nada más que la hierba al ras, dos rocas demasiado planas para esconderse detrás y eso era todo. Entonces de verdad tuve miedo.

Luego escuché su risa elevarse desde el suelo como el rocío. Me acerqué a las rocas, di la vuelta, nada. Volví al punto de inicio y sólo la segunda vez noté la abertura entre la hierba bajo la más grande de las dos rocas. Era tan estrecha que no sabía cómo Viviane pudo haberse deslizado ahí.

—Entra —dijo—. Ven aquí.

Me arrodillé, la hierba hacía que la abertura pareciera más estrecha de lo que en realidad era, pero de todos modos no era muy grande. Viviane me estaba mirando desde el otro lado, tenía una mancha de lodo en la mejilla y, debajo, una enorme sonrisa. Nunca la había visto tan feliz.

Me arrastré, me deslicé por el agujero raspando un poco mi espalda a través de mi ropa, pero pasé. Viviane tomó mi mano, fue ella quien me tocó a mí y no yo a ella, lo cual sí estaba permitido. Lo acababa de comprender cuando, de repente, todo se volvió negro. Su voz dijo:

—Conozco el camino de memoria. Mantén tu hombro derecho contra la pared.

Casi entré en pánico. En la oscuridad no veía mis zapatos y no tenía forma de saber qué lado era el correcto. Debí de haberme ido hacia la izquierda en vez de a la derecha, porque Viviane me devolvió al camino correcto con un golpe seco. Bajo nuestros pies, el terreno descendía.

—¿No eres claustrofóbico? —preguntó.

—No sé qué significa eso.

—Eso significa que no lo eres.

Caminamos un rato así, en medio de grandes ecos negros, luego el terreno se volvió plano y la pared desapareció. Mi espinilla chocó contra algo duro, dije una grosería y salté en donde estaba parado. Viviane sólo dijo «ay, lo siento». Finalmente se detuvo. Me hizo sentarme, la escuché hurgar en la oscuridad como si estuviera buscando algo.

—¿Estás listo?

Asentí con la cabeza, casi no podía respirar de la emoción, nunca había tenido un regalo como este, un regalo por el que tuviera que arrastrarme, caminar en la oscuridad, tener tanto miedo y lastimarme.

—¿Estás listo? —repitió ella.

Entonces recordé que ella no podía verme.

—Sí.

Crujió un cerillo, la llama se pegó a una especie de lámpara de aceite como las que había antes, con travesaños sobre el vidrio. La llama creció más y más, hasta dibujar las paredes a nuestro alrededor.

Viviane me sonrió como si estuviera esperando algo; al principio pensé que el regalo era la lámpara y me decepcionó porque tenía una mejor en la estación, era eléctrica y usaba baterías Wonder. Entonces noté las paredes. No eran sólo muros, era un libro de aventuras gigante. Había animales, hombres con lanzas, huellas de manos más grandes que las mías. Y todo bailaba, y todo saltaba con la llama de la lámpara, eran como páginas que se daban la vuelta solas, llenas de dibujos de niños gigantes de antaño. Nunca había visto algo como eso en mi vida.

—Feliz cumpleaños.

Cuando me emociono demasiado no puedo hablar, así que sólo balbuceé. Todavía intenté decir algo que no salió bien pero Viviane lo entendió, ella era buena para eso.

—Este es un lugar adonde los hombres llegaron hace mucho tiempo. Es

muy, muy, muy viejo. No debes contarle nunca a nadie, ¿entendiste?

Levanté la mano para jurar pero ella me detuvo.

—Ya no tienes que jurar más. Ahora podemos confiar el uno en el otro.

Afortunadamente me dijo que no le contara a nadie, porque era tan hermoso que le habría contado al mundo entero si hubiera podido.

—Encontré la cueva por casualidad —continuó—. Hay otros lugares como este en otros lados, pero cada vez que descubren uno ponen escaleras, luces, turistas y el lugar muere.

Pensé en la pequeña iglesia en la aldea de Vries, adonde todo el mundo iba desde que construyeron el puente para cruzar el río, la pequeña iglesia con su puerta abierta y ventanas rotas; para mí ese era un lugar muerto. Le conté a Viviane y ella asintió.

—Esto también fue quizá una especie de iglesia alguna vez. Yo creo eso. Vengo aquí a dar gracias, a pedir perdón o pedir que se me proteja de mis enemigos.

Me levanté, quería poner mis dedos sobre la pintura de una mano para compararlos con los míos, pero Viviane me detuvo. A causa de los hongos o los microbios, me contó, había leído en alguna parte que eso podría estropear los dibujos. Estaba un poco molesto porque no tenía microbios y menos hongos, me enfermaba sólo de pensarlo. Aunque había estado un poco sucio desde que me fui, por lo general solía ser muy cuidadoso.

Cuando me senté, ella cerró los ojos. Era tan hermosa que quería meterme en su piel y convertirme en ella para saber qué se sentía. Entonces pensé que no podría verla si estuviera en su piel, excepto en un espejo, y que tal vez sería mejor si fuera ella quien se metiera en mi piel. Tampoco podría verla, pero al menos podría llevarla a todos lados.

Sus labios se movían y le pregunté qué estaba haciendo. Estaba rezando, respondió. Yo quería que me enseñara cómo. Sabía cómo rezar en la iglesia, por supuesto —*Padre nuestro, permíte que Macret muera en un horrible sufrimiento*— pero esto era diferente.

—Primero —explicó— das gracias por algo que te gusta.

Fácil. Cerré los ojos, moví los labios y di gracias por Viviane.

—Luego pides perdón por algo que hiciste.

Volví a mover mis labios, pero esta vez fingiendo decir algo, porque por más que buscaba, no podía pensar en nada que hubiera hecho. Nada

recientemente en todo caso.

—Finalmente, pides protección contra tus enemigos.

La miré con curiosidad; ella se dio cuenta, dijo: «¿Qué?», y yo le contesté que no podía tener enemigos, no ella. Su rostro se puso muy serio.

—Claro que sí. Una reina siempre tiene enemigos.

—¿Quién es tu peor enemigo?

—Un dragón.

Le pedí que lo describiera. ¿Lanzaba fuego?

—No, nada de fuego. Escupe una nube de hielo que paraliza a sus víctimas. Es enorme, negro, con escamas y grandes alas de poliestireno. Pero lo más peligroso es que puede tomar cualquier forma, incluso la de un hombre, y uno no sabe que él está allí hasta el último momento.

Prometí protegerla y ella sonrió, no sé si fue para agradecerme o porque sabía tan bien como yo que no era rival para su dragón, especialmente ahora que había perdido el rifle de mi padre.

—Y tú, Shell, ¿tienes enemigos?

Me quedé pensando, le expliqué que tenía un montón, pero cuando ella me preguntó por sus nombres, sólo pude pensar en dos. Primero, estaba el Malocchio, pero no supe si realmente podía contarlo como un enemigo porque no era personalmente malo conmigo, era cruel con todos. Aunque pasaba lo mismo con su dragón, así que acordamos dejar el Malocchio en la lista. Y, por supuesto, estaba Macret. No lo había visto desde que tuve que dejar la escuela, pero aún esperaba que apareciera para jugarme una mala pasada.

Viviane levantó los brazos y dijo con voz clara:

—Que los espíritus nos protejan del dragón, de Malocchio y de Macret.

Su voz hizo eco en el silencio, y quizás fue entonces cuando los espíritus nos escucharon.

El sol tocaba la campiña cuando salimos. Había tenido el mejor cumpleaños de toda mi vida y, como no era mi cumpleaños, había sido aún mejor. Viviane dijo que necesitaba apresurarse, esta noche había un banquete en el castillo y tenía que cambiarse de ropa.

Nos alejamos de las rocas, en unos minutos desaparecieron como si nunca hubieran existido. Viviane me hizo poner otra vez las manos sobre mis ojos y dar vueltas; funcionó tan bien como la primera vez. Mejor aún, porque me

desplomé cuando quise dar un paso mientras todo aún giraba. Viviane se moría de risa.

Cuando llegamos a la cabaña, ella me estrechó la mano con esa manera tan divertida que tenía de hacerlo, luego se fue corriendo. Yo empezaba a tener un poco de hambre, sobre todo después de esa historia de banquetes, pero no dije nada. Para dejar de pensar en ello, paseé por el interior de la cabaña imaginando varias maneras de dividirla: aquí las habitaciones, allá una sala donde podemos poner la televisión y aquí, ¿por qué no?, un techo de vidrio para mirar las estrellas. Sí, era una buena idea, el techo de cristal, pensaba mientras me acostaba. Tendría que hablar con Viviane al respecto.

Esa noche, no sé por qué, no parpadeé tres veces antes de dormirme.

No era particularmente gordo, pero comencé a perder peso. Debo decir que en la estación mi madre cocinaba todo el tiempo y yo podía robar tantos dulces como quisiera. Empecé a flotar dentro de mis pantalones, es decir, a flotar aún más que de costumbre. Incluso Viviane lo notó y me trajo entonces más sándwiches. Le pregunté si le gustaban las lentejas, le dije: «A mí también», sin darle oportunidad de responder, pero no creo que hubiera entendido el mensaje porque siguió trayéndome sándwiches.

Regresamos a la cueva. Cada vez, Viviane me hacía dar vueltas con los ojos cerrados antes de ir, así que nunca supe cuál era el camino. Viviane me dijo que los dibujos no habían sido hechos por niños gigantes sino por hombres como nosotros, sólo quizá un poco más peludos.

Sentados frente a los dibujos imaginábamos historias. El juego consistía en contar algo y, tan pronto como dudaba el que estaba contando, el otro retomaba la historia; el ganador era el que hablaba durante más tiempo sin parar. Viviane ganaba siempre, eso me maravillaba. Inventar nunca había sido un problema para mí, no hacía más que eso, pero hablar *al mismo tiempo* que inventaba, debo decir que eso era bastante difícil.

Un día ella llegó con un chaleco azul. Pensé que le quedaba bien. Pero hacía calor y, cuando le pregunté si no quería quitárselo, me gritó que me ocupara de mis asuntos, después me ignoró toda la tarde. Estaba acostumbrado a eso ahora, era como los cambios de estados de mi madre excepto que Viviane era

peor porque, además, ella era la reina.

Cuando no estábamos en la cueva, jugábamos con las catarinas, o bien nos quedábamos en la cabaña para pedir deseos. Viviane decía que si un pájaro pasaba por el agujero en el techo en menos de un minuto después de pedir un deseo, este se haría realidad. Le conté sobre el techo de cristal, le expliqué que veríamos muchos más pájaros y que todos nuestros deseos se harían realidad. Ella me dijo que no funcionaba de esa manera, y que mientras más pequeño fuera el espacio para ver los pájaros, más importante podía ser el deseo. Eso no me parecía muy lógico.

No me atreví a hablar con ella sobre vivir juntos, había decidido que sería mejor si ella tenía la idea por sí sola. Sólo de vez en cuando solía darle algunas pistas, como preguntarle su opinión sobre el tipo de papel tapiz que más le gustaba, con animales o flores, y de inmediato pasaba a otra cosa. Tampoco había prisa. Cuando quise saber desde cuándo nos conocíamos, ella se encogió de hombros.

—No sé. Dos semanas tal vez.

Eso es lo que me gustaba de Viviane: el tiempo a ella tampoco le importaba demasiado.

Estaba tan limpio y elegante como en la estación. Había encontrado un abrevadero no lejos de la cabaña, Viviane me había traído un jabón, lo usaba para lavarme y para limpiar mi ropa. Exprimía con todas mis fuerzas mi ropa para secarla, eso también terminó en un desastre. Una mañana mientras exprimía mi chamarra Shell escuché un gran *crack*, la parte superior de una manga se había soltado del hombro, cerca de la etiqueta que decía *Made in Taiwan*. Viviane prometió traerme algo para coserla, pero nunca lo hizo. Cada vez que me pongo la chamarra veo, por el rabillo del ojo, ese agujero que me sigue a todas partes y que tanto me molesta, así que ya sólo me la pongo para dormir.

Con el sol que hacía, mi ropa se secaba en nada de tiempo. Esperaba desnudo, tendido en la hierba. Me colocaba en un discreto rincón, detrás de un montículo, donde sabía que nadie podía verme; me molestaba que cualquiera me viera desnudo, excepto mi madre, eso era normal. Incluso cuando tenía que mostrarle mi pipí al médico en las consultas, lo odiaba, fuera con un doctor o no.

Cuando Viviane llegaba, me sentía fresco por el jabón y estaba listo para

hacer lo que ella quisiera. Ella inventaba un juego nuevo casi todos los días. Nunca había jugado con alguien antes, ella no me creyó cuando le conté esto, hasta que le expliqué que no tenía hermanos, que mi hermana era mayor y que nadie me hablaba en la escuela en ese entonces. Así, ¿con quién iba a jugar? Estaba Richard, pero a él sólo le gustaban el ajedrez y las damas. Él no había podido enseñarme las reglas porque yo no podía mover un peón sin saber de dónde venía, por qué estaba allí y lo que esperaba al cambiar de casilla. Richard me había dicho que dejara de *identificarme* con los peones, que eran sólo peones, por Dios. Pero no podía evitarlo, me identificaba sin querer. Lo curioso era que ni siquiera sabía lo que eso significaba.

Un día me levanté muy temprano, tenía el sol en los ojos. Pensé en mis padres así, sin ninguna razón, y me puse triste. Los extrañaba de todos modos, tanto que empecé a marearme. Podía oler el pan tostado que se quemaba sin importar de qué tipo fuera y aunque lo pusieras en el nivel 1 del tostador; podía oír los grandes remolinos de gasolina que gorgoteaban en la cisterna bajo la estación cuando estaba casi vacía y ya se esperaba el reabastecimiento. Pensé en el día en que me dieron permiso de beber achicoria, lo que quería decir que ya no era un niño; después la estuve bebiendo todos los días sin decirle a nadie que en verdad no me gustaba.

Casi lloro, pero recordé la promesa que le había hecho a Viviane. Me vestí y, cuando oí pasos fuera, fui a la ventana con muchos ánimos, ella debía haberse adelantado esa mañana.

Afuera estaba la policía.

Eran tres, intentaban mirar a través del arbusto de zarzas muertas que bloqueaba la entrada. No me habían visto todavía. Salté hacia atrás, sólo tenía tiempo para escalar el montón de piedras y salir por el agujero mientras ellos rompían el matorral a patadas para poder entrar. Giré a través de los prados detrás de la cabaña, corrí con todas mis fuerzas hacia mi abrevadero. Me agaché detrás, estaba respirando muy rápido, me tomé un buen tiempo antes de mirar hacia la casa, estaba lejos pero podía ver sus siluetas a través de una ventana. Me quedé pensando, no había dejado nada allí, me había puesto la chamarra porque me acababa de despertar. Quizá verían la paja que me servía de cama, pero todo estaba derrumbado hacia el interior, así que realmente tendrían que echar un buen vistazo.

Recuperé el aliento y corrí hacia la colina donde esperaba todas las mañanas a que se secase mi ropa. El sol aún no había llegado ahí, encontré el lugar diferente, me asustó. Pero tal vez fue porque los policías habían registrado mi casa, la primera casa que había tenido para mí solo. Esperé, tendido como un indio en la cima de la colina; los policías aún no se iban. Corrí sobre la hierba por el otro costado y me apoyé contra la ladera, ahí nadie podría verme. Tenía la esperanza de que Viviane no apareciera ahora, porque era una chica y mi padre había dicho que las chicas sí que eran indiscretas.

Pero Viviane nunca llegaba tan temprano, ella me daba tiempo para prepararme y lavar mis cosas. Ella sabía que eso era importante para mí. Y tampoco era el tipo de persona que me delataría, ella moriría antes de

traicionarme. Si llegábamos a eso, si empezaban a torturarla para hacerla hablar, entonces yo iría con las manos en los bolsillos, les ordenaría que la dejaran ir porque ella no había hecho nada, que esto era entre ellos y yo. Le diría a Viviane: «Vete, ahora», ella se daría la vuelta una última vez con lágrimas en los ojos, me sonreiría y yo le haría un pequeño movimiento con la cabeza, como diciendo: «Todo va a estar bien», a pesar de que ambos sabríamos que no era cierto. Entonces me quitaría el sombrero y la máscara y diría: «Es a mí a quien buscan, soy don Diego de la Vega», y ellos no creerían lo que estarían viendo.

Cuando me desperté, estaba sudando. Al principio pensé que había soñado a los policías, pero yo estaba afuera, echado en la hierba con el sol sobre mí. Me arrastré hasta la cima de la colina, los policías ya no estaban. Ya antes me había pasado esto, quedarme dormido cuando tenía alguna emoción demasiado fuerte, pero no me había pasado desde hacía mucho tiempo. Me sentía un poco mejor, la hierba estaba caliente, todo estaba como antes. Sonreí e hice exactamente lo que no debería haber hecho: volví a dormirme.

Me desperté gritando porque un dragón negro se lanzaba sobre mí. Tenía frío, pero mis mejillas estaban calientes. Era de noche, una noche tan oscura como una chimenea. La hierba ya estaba mojada, eso quería decir que era tarde. Había dormido a pleno sol todo el día. Supe que me debía haber dado un golpe de calor.

Regresé a cuatro patas al abrevadero, una pequeña voz de adulto me dijo que bebiera a pequeños sorbos, lentamente, pero como yo era yo hice exactamente lo contrario, dejé que la montaña entera corriera directamente por mi garganta y tragué tanta agua como pude. Tenía un buen sabor a piedra y a metal helado. Me sentí enfermo casi de inmediato.

Recuperé el aliento, me apoyé contra las rocas y, cuando pude levantarme, volví a la cabaña. Ahora se podía entrar por la puerta, pero puse el arbusto de zarzas en su lugar antes de pasar por mi habitual agujero sobre las ruinas, eso me pareció importante. Una hermosa casa como esta se lo merecía. No se podía entrar ahí como en un molino. Me apoyé en las paredes porque todo se balanceaba y me acosté. No sabía si Viviane había venido.

El rocío me decía que el día no estaba lejos. Pronto la mañana iluminaría el paisaje y todo iba a estar mejor cuando las cosas brillaran. Así que me envolví en mi chamarra y esperé. No había comido nada desde el día anterior pero no tenía hambre. Incluso cuando pensaba en las lentejas de mi madre sentía un nudo que se me cerraba en el estómago y eso era una clara señal de que no estaba bien.

En general, había hecho bien en no ir a la guerra. Vaya soldado que habría sido. Se habría escuchado por todas partes: «alerta roja, el soldado Shell ha desaparecido», los chicos de mi patrulla habrían entrado en pánico y, finalmente, me habrían encontrado durmiendo en medio del campo de batalla. Adiós a las medallas. Sí, tal vez fue mejor así.

Por más que fanfarroneara, sólo quería una cosa, quería que alguien me cuidara. Zorro tenía a Bernardo.

Bernardo, Viviane, el dragón. Una llama de sol sobre mi párpado. *No quiero que me lleven.* La tierra cruje. *Sólo quería quedarme en la escuela.*

Me senté derecho, con los párpados pegados y mi garganta adolorida como si hubiera gritado. Era de día. Tenía menos frío, pero todo lo demás iba peor. ¿Lavar mis cosas? No, estaba demasiado lejos. Mañana, quizás. No quería perderme la visita de Viviane.

Viviane no vino. Ni ese día, ni el día siguiente, ni el día después y, además, ahora que lo pienso, nunca nos volvimos a ver en esa casa. Mastiqué un poco de hierba, incluso probé tierra que después escupí, bebí, me sumergí en mi fiebre y la voz adulta que nunca antes había escuchado me decía que tenía que regresar, que apenas me quedaban fuerzas, que si me iba *ahora*, aún podía salir todo bien. Tenía que volver a la estación antes de que fuera demasiado tarde y así mi madre podría cuidarme, ella me pondría otra vez en pie.

Pero quería esperar, sólo un poco más, por si las dudas. Sólo un día y luego otro y luego quizá uno más.

Cuando me di cuenta de que Viviane no vendría, habían pasado demasiados días, demasiados días con la fiebre y el hambre que se estaban comiendo mi cuerpo. Me di cuenta de que nunca sería capaz de volver a bajar por el camino en Z. Pero cuando supe que estaba realmente grave fue cuando mojé mi pantalón y no me importó.

Ni siquiera tenía fuerzas para ir a tomar agua. No había nada más que

hacer que morir, que esperar a encogerse y salir del mundo en silencio, como lo había hecho mi abuela.

Tuve miedo, pero no duró. Finalmente, lo que daba miedo era no saber. Si Viviane iba a regresar, lo que me iba a pasar, dónde iba a golpearme Macret la próxima vez. Ahora todo estaba claro: Viviane no vendría, yo me iba a morir y Macret podía hacer conmigo cuanto quisiera, yo iba a estar muerto y no iba a importarme nada, sería él quien haría el papel de tremendo imbécil. Macret, ya no podía recordar bien su cara. Sólo recordaba que tenía unos hermosos ojos malvados. Era extraño, lo había odiado tanto. Todo eso ahora estaba muy lejos.

Comenzó el sexto día, o el séptimo, de todos modos era un número simple y mi mente recorría la campiña en busca de mi reina. Era mucho más fácil así, volando, más cómodo que caminar, tener calor y tener frío. Viajé enormes distancias en unos pocos segundos, fui de un lado a otro, siempre terminando por donde sale el sol. Pero no pude encontrar dónde vivía. Sin embargo, un castillo, en esta campiña donde no había nada más, tenía que poder verse.

Nunca debí haber dejado de parpadear antes de acostarme, pensé. Ese era el problema, la causa de todo. Había atraído al Malocchio a fuerza de hacerme el valiente. Recé un rosario. O tal vez hice o dije algo malo la última vez que vi a Viviane. Pero no, habíamos pedido nuestros deseos, ella parecía feliz. Ella me había traicionado y eso era todo. Las chicas son indiscretas, traicionan cada vez que pueden, uno nunca puede confiar en ellas. Además, el Zorro no estaba casado, ni Superman, aunque él me gustaba menos porque su uniforme se arrugaba. ¿Y si había sido Viviane quien llamó a los policías para decirles dónde estaba? No, ella no había hecho eso. Era sólo mala suerte, ellos debieron haber estado buscándome por toda la campiña, lugar por lugar, eso era todo.

Los días se deslizaban, un hilo de luz y negro, de remolinos de nubes a través del agujero de mi techo, de luna y de sol. En la mañana tenía frío, en la tarde me quemaba y tenía frío también. Así aprendería a quedarme dormido a plenos rayos del sol.

Ahí tuve una revelación. Me enderecé y comencé a reír, con mi gran rebuzno de burro que asustaba a la gente. Lo había comprendido. Nada de esto había existido. Nunca había tenido una campiña, nunca había tenido a

Viviane. No había tenido ninguna mejor amiga, no había rezado en la cueva, no había bebido en la montaña. Quizá yo tampoco existía ya, al menos no como me conocían, el idiota del puente de Tuves. Yo era como los demás, alguien normal, un chico común y corriente que había decidido escalar el sendero en Z en el acantilado. Me había mareado, era la única cosa verdadera en esta historia, y me había caído. Me había estrellado en el fondo de la campiña donde me estaba muriendo poco a poco, imaginando todas esas locuras en el último segundo antes de que todo se fuera.

Y ahora estaba muerto, y todo podía por fin dejar de doler, por favor.

Fue un reflejo lo que llamó mi atención. Tenía una mosca en el ojo, la estaba cazando y me arrastré para buscarla. Detrás de un peñasco había una mochila de lona con hebillas de metal. El metal estaba caliente. Me tomó un tiempo abrirla con mis dedos hinchados y, cuando vi lo que había dentro, lloré lágrimas secas, por eso no cuenta como si realmente hubiera llorado.

Dentro había una carta, tres latas de lentejas y un abrelatas. En el sobre de la carta estaba escrito mi nombre, es decir, estaba escrito Shell. El hambre aún estaba muy lejos de mí, así que abrí la carta primero. Viviane tenía una hermosa letra inclinada que se lanzaba hacia lo que me estaba contando. Pero era demasiado complicada para mí, especialmente en mi condición: las palabras saltaban, las letras daban vueltas.

Abrí la primera lata de lentejas; me sentí tan enfermo que las comí rápidamente. Comencé con la segunda lata con más paciencia. Recordé que tenía sed, pero no tenía fuerzas para arrastrarme hasta el agua, no por ahora. Más tarde lo haría, lo juré. Sólo tenía que descansar con mi media lata de lentejas en el estómago. Imaginé la sensación del agua fría en los labios, se habían agrietado como la tierra, sí, iba a ser genial.

Volví a sacar la carta, la coloqué bajo mi nariz, olía como a la escuela. Viviane debió haber venido el mismo día que la policía, mientras yo dormía escondido detrás de la roca. Ella había dejado la mochila como evidencia, seguramente yo la había tirado en la noche, ya tenía fiebre y no podía ver nada, y así fue como rodó por el suelo. ¿Significaba esto que ya no nos veríamos más? La carta tenía que explicarlo, sólo necesitaba poder leerla. Reconocía la mayoría de las palabras por separado, pero cuando intentaba

conectarlas, todo se enredaba, como los lazos cuando bailábamos con ellos en la escuela. E incluso con los lazos que se suponía que se debían enredar, yo no podía enredarlos en el orden correcto. Y de leer una carta, ni hablar.

De repente, una cólera negra me tomó, una cólera enorme que podría cubrir la campiña entera. Contra las chicas, contra Viviane que me había escrito una carta que no podía leer, contra mí y todos mis problemas, contra mi padre que no amaba a nadie, contra mi madre que lo perdonó, contra las hormigas que siempre encontraban la manera de volver a mi habitación cuando estaba seguro de que había tapado todos los agujeros. Contra el tostador de pan que quemaba el pan incluso en el nivel 1. Contra el hambre y la sed que no servían de nada. Y otra vez, en contra de esta maldita carta y todos sus secretos, la tomé con ambas manos y la rasgué, rasgué pedazos cada vez más pequeños hasta que no quedaba nada que rasgar. Viviane, su carta, lo que decía, no me importaba. No debía ser importante, de lo contrario ella habría esperado a que volviera para decirme. Y si era importante, vaya que lo había pensado bien, debería haberlo pensado mejor antes de escribirle una carta a un idiota.

Inmediatamente me arrepentí de lo que había hecho. Es cierto que era un idiota, hiciera lo que hiciera siempre volvíamos a esto, la gente tenía razón. En mi cabeza pegué la carta y, de repente, sabía leer, oía su voz, podía ver las hermosas frases desplegadas como un hilo de luz y todo estaba claro. Viviane decía que volvería mañana y que todo volvería a ser como antes, que lamentaba haberme asustado, se despedía con un *ciao*.

Tomar agua. Tenía que ir y tomar agua.

Iré, murmuré con mis labios de tierra. Sólo unos minutos más.

Quería levantarme para ir a tomar agua. Una mano se apoyó en mi hombro y me clavó en el suelo. Mis labios tocaron el metal, un delgado chorro de agua me lavó la boca. Mi estómago se revolvió como si estuvieran caminando encima de él. Estaba oscuro, pero tal vez era sólo que no podía despegar mis párpados. Grité, o en todo caso eso quise hacer, porque no escuché nada.

No sé cuánto tiempo me quedé así, haciendo todo lo que las manos querían. De un golpe me levantaron, de otro golpe me retuvieron, con otro golpe me forzaron. Un día pude abrir los ojos, vi que se me acercaba un algodón, luché por soltarme. Desde que era pequeño odiaba tocar el algodón. No puedo explicarlo, me daba la impresión de que los dientes se me iban a caer, era peor que cuando arañábamos el pizarrón con nuestras uñas para ver quién aguantaba más tiempo. Grité, pero fue inútil. El cálido algodón resbaló sobre mis pestañas. Mis dientes no se cayeron.

Poco a poco, el dolor desapareció. Flotaba como esa vez que casi me ahogué, entre los rayos verdes y las perlas de luz, entre las nubes de arena y los latidos de mi corazón. En el último segundo antes de que alguien me sacara del agua, sentí una gran calma, ahora sentía algo parecido. Sabía que, de cualquier manera, iba a volver, una ola me iba a depositar sobre la arena, agitado pero sano y salvo.

Algo húmedo se pegó a mi cara, un viento caliente, un olor raro. Levanté la mano, toqué una gran cabeza de peluche, abrí los ojos y grité. El pastor de los Pirineos quitó su lengua de mi mejilla, ladró una vez y salió corriendo.

Llené mis pulmones con un gran y codicioso respiro, como el de un recién

nacido. Ya no tenía fiebre. Quería sentarme pero era demasiado difícil, así que sólo me moví con los ojos. El techo había cambiado, ya no era mi techo redondo con su amable y viejo agujero. En cambio, había un marco retorcido sobre cuatro paredes de piedra. Volví la cabeza, era de día; vi una vieja camioneta junto a la ventana, era un modelo color verde botella. Estaba seguro de haberla visto en alguna parte.

El gran perro blanco regresó, se sentó cerca de la cama y me miró, con su gran lengua colgante. Extendí la mano para acariciarlo, estaba demasiado lejos para que lo tocara. Amaba a los perros, pero nunca me habían dejado tener uno. Mi madre siempre se quejaba de que ya tenía demasiado trabajo y que no podía cuidar de un animal, que terminaría todo en una desgracia como había pasado con Saturnin. Saturnin era un pollito que me había ganado en la quermés de la escuela, o más exactamente, que me habían permitido ganar por lástima. Por lo menos tenía algunas ventajas ser el tonto del pueblo. Saturnin se había convertido en un enorme pollo. Un día me olvidé de cerrar su jaula y lo aplastaron en el camino hacia la campiña. Así que nada de perros.

Oí pasos y Matti entró inclinando la cabeza, era muy alto. Hice «aaaah» porque ahora reconocía la vieja camioneta verde y luego me quedé dormido de golpe.

Una noche me desperté y me levanté, así como si nada hubiera pasado. Matti estaba sentado en la gran mesa, tomando un plato de sopa mientras miraba hacia el frente. Tomó un plato del estante mientras seguía comiendo, lo puso sobre la mesa, en el lugar frente a él, y eso fue todo. Me senté, me corté una rebanada de pan con el hermoso cuchillo de cuerno que me acercó. Comimos juntos sin decirnos nada. Obviamente.

Obviamente porque, como Bernardo, el fiel servidor del Zorro, Matti era mudo. Había llegado un día a la campiña, nadie sabía de dónde, o en todo caso nadie me lo había dicho, y él tampoco podría decírmelo. Él era pastor en la campiña, era uno de los clientes regulares de la estación.

A mi padre no parecía caerle muy bien, yo no entendía por qué, pues al menos él no iba a buscar su gasolina en la campiña. Cuando Matti llegaba, mi padre se quejaba de que ahora *ellos* venían y uno ya no podía estar a salvo en

ninguna parte. Yo pregunté quiénes eran *ellos*. Mi padre sólo dijo: «Alguien que no es de aquí». Cuando le pregunté de dónde era, dijo que no lo sabía, que no le importaba, que estaba seguro de que no era de aquí y que eso bastaba.

A mí me agradaba mucho Matti. Un día me vio llorando detrás de la estación. Había pasado frente a mí para ir a pagar, sin decir nada y, mientras se marchaba, me arrojó una barra de chocolate. Se subió a su camioneta verde y desapareció. Desde entonces le limpiaba el parabrisas cada vez que venía.

Matti era bien parecido. Realmente hermoso. Su cabello era completamente blanco, señal de que era viejo, y sin embargo, no parecía ser tan viejo. Era muy alto y, sobre todo, era muy fuerte. Una vez, una de sus ovejas saltó de la camioneta mientras yo le llenaba el tanque, Matti la agarró con una mano y la volvió a meter en la camioneta. De acuerdo, tal vez no era su oveja más grande, pero aun así.

Los ancianos en el área lo llamaban *Silènci*. Mi padre había escuchado a la gente decir que le habían cortado la lengua, mi madre decía que eso era una tontería y que ese tipo de cosas eran de nacimiento. Yo realmente no tenía una opinión al respecto, nadie podía saberlo a menos que mirara dentro de su boca. Lancé un par de miradas curiosas mientras comíamos la sopa, pero no pude ver nada.

Después de la comida, Matti guardó su cuchillo, salimos y nos sentamos en la gran piedra de la puerta. Todavía era de día. Era extraño, porque eran las mismas montañas alrededor de nosotros, la misma campiña, todo era exactamente como lo que podía ver desde mi cabaña, excepto que esta había desaparecido. Matti sacó un cigarro marca Gitane, lo rompió en dos y me ofreció una mitad. Negué con la cabeza, metió una mitad en el bolsillo y se fumó la otra. Yo estaba contento de respirar su humo, eso era suficiente para mí, y estaba orgulloso de que él me hubiera ofrecido un cigarro.

Le pregunté cómo me había encontrado, sus ojos se desviaron un poco y aterrizaron sobre su gran perro, que yacía no muy lejos con una pata en el aire. El perro debió haberme olfateado y me encontró mientras Matti pasaba con sus ovejas.

Estaba acostumbrado al silencio de la estación, así que no me molestaba no hablar. Pero pensé que Matti aún tenía curiosidad por saber cómo había

terminado allí. La última vez que nos habíamos visto, yo había hecho un trabajo impecable con mi hermosa chamarra Shell, que estaba perfectamente limpia, y ahora él me había encontrado casi muerto con la misma chamarra toda manchada, con una manga desgarrada, en una campiña donde sólo había ovejas, heno y una niña que fingía ser una reina.

Entonces le expliqué, aunque él no me había preguntado nada, cómo mis padres querían mandarme lejos, cómo decidí probarles que ya no era un niño, cómo conocí a Viviane y cómo ella me había hecho sentir importante.

Luego le describí a Viviane, su mechón rubio, sus ojos muy negros que parecían un tanto asustados, su forma de moverse como para no molestar, pero que molestaba tanto que siempre daba la impresión de causar una avalancha.

Ella me había escrito una carta que yo había roto, ¿no había él recogido los pedazos por casualidad? Matti sacudió su gran cabeza muda. Le dije que no entendía por qué había desaparecido dejando una tonta carta, él sonrió, fue la primera vez que lo vi sonreír. De su bolsillo sacó una foto antigua con colores desgastados, una mujer con un peinado divertido y joyas de oro cayendo sobre su frente, y dos niños sonrientes (la niña no tenía los dos dientes del frente). Realmente no sabía qué hacer con esa imagen, así que le dije que me gustaban los colores. Él asintió y guardó la foto, creo que eso lo hizo feliz.

Fumó su cigarro hasta la colilla, la cual desapareció entre sus dedos y no tuvo nada que aplastar, salvo algunas hebras de tabaco que soltó en el viento. Me sentí triste, de repente casi me arrepentí de que me hubiera encontrado en mi cabaña. Finalmente él podría haberme dejado morir allí sin que hubiera diferencia alguna. No pude evitar pensarlo en voz alta, después me di cuenta de que no estaba siendo muy cortés e inmediatamente me disculpé. Sólo se rascó su barba blanca. Es por Viviane que soy así, le expliqué.

Al decir esto, me di cuenta de que no era debido a Viviane, que también era por culpa de mis padres, de Macret, de la escuela, era su culpa que yo fuera así, y que no hubiera podido lograr mostrarles a todos que yo era yo y que no necesitaba a nadie, que podía seguir mi camino solo. También le dije eso a Matti, creo que nunca había hablado tanto de mi vida, ni siquiera con la reina.

Por fin le dije mi mayor miedo: quizá Viviane nunca había existido.

Cuanto más lo pensaba, más estaba seguro de haberla inventado. Había tenido amigos imaginarios antes, uno era un gato que tocaba la armónica, fue entonces cuando un médico de la academia vino a hablar conmigo por primera vez en la escuela.

Matti era realmente especial, eso es seguro. Porque entonces él me miró durante mucho tiempo con su gran cabeza muda y dijo:

—A tu novia, la pequeña parisina, yo la conozco.

16

Un día, debía tener siete u ocho o nueve años, pero en cualquier caso menos de diez, una familia se detuvo en la estación en un automóvil que parecía una nave espacial. Incluso mi padre salió a mirarlo con admiración. Era tan ancho que al extender mis brazos no podía tocar los dos faros al mismo tiempo.

Eran *Amerloques*, mi padre dijo, el auto era un Buick, nunca habíamos visto uno de esos. Tomaron una foto instantánea que nos dejaron. Después de su partida, me di cuenta de que uno de los chicos había olvidado una caja con un muñeco, era nuevo, la caja decía *G. I. Joe* y yo nunca había visto algo así.

Me moría por jugar con el muñeco, pero mi abuela ya me había hablado sobre el infierno, sabía que el *G. I. Joe* no me pertenecía, así que lo puse en la repisa de la ventana en caso de que la familia regresara por él. Mi padre se burló de mí, dijo que los *Amerloques* nunca volverían, que si lo hacían diríamos que no, que no habíamos encontrado su maldito juguete, y que nunca volvería a tener una oportunidad igual, así que era mejor que lo disfrutara.

Me negué. La caja se quedó allí en mi ventana, donde aún estaba. El sol borró inmediatamente los colores, pero en el interior el soldado estaba nuevo, lo revisaba de vez en cuando para ver si estaba bien. La última vez fue el día que salí de la estación. Lo hice marchar un poco por mi cuarto, ¡atención!, ¡posición de combate!, ¡fuego a discreción! Realmente no estaba jugando con él, me decía, sólo era para que se ejercitara un poco.

Matti me recordó a mi G. I. Joe. Él no hablaba nunca, su voz tendría que haber estado oxidada, pero no, salió de su vieja caja con sus colores intactos, lista para la acción. Era una voz clara del río, una voz que uno no se esperaba debajo de ese cabello blanco, corriendo sobre sus erres como el agua corre sobre un guijarro; tenía un pequeño acento que me recordaba al de mi abuela, aunque no era exactamente el mismo. Por primera vez, fui yo quien se quedó callado, porque estaban sucediendo demasiadas cosas en mi cabeza y ya no podía ordenarlas: por qué hablaba el mudo, qué era lo que sabía de Viviane, en dónde estaba ella. Empecé a respirar muy rápido, él puso una mano sobre mi hombro y respondió todas las preguntas que yo no había podido hacer.

Aunque tampoco fue que Matti comenzara de repente a usar oraciones grandes, no. Usaba la menor cantidad posible de palabras, relleno los huecos con encogimientos de hombros, fruncimientos de ceño y asintiendo con la cabeza. Gruñía de cierta forma para decir «sí» y gruñía de manera diferente para decir «no». En su país, dijo, hablar podía meterte en problemas, así que había perdido el hábito de hacerlo, y aún más cuando, siendo un pastor, no se topaba con mucha gente. Si la gente le hubiera hecho una pregunta que requiriera palabras, él habría respondido, pero nadie le preguntaba nada. Así que se mantenía en silencio la mayor parte del tiempo.

Estaba de acuerdo con él, era un poco como lo que me pasaba en la estación. La diferencia era que, en lugar de volverme mudo, yo había preferido hablar con mis juguetes o dejar que las palabras salieran al azar, como fuera, para que no se amontonaran adentro de mí.

Matti conocía a Viviane, se la encontraba a veces durante la trashumancia que pasaba justo en frente de la casa de ella. Sus padres habían comprado una casa vieja que habían restaurado. Venían todos los años desde París para pasar las vacaciones y permanecían allí hasta el final del verano.

Tuve una duda, le pregunté a Matti si faltaba mucho para que terminara el verano, él me dijo que era 13 de julio y que yo mismo debía hacer los cálculos. Asentí con la cabeza aparentando que entendía, dije al azar que aún faltaba mucho, tratando de no marcar demasiado un signo de interrogación al final. Fracasé y lo que dije sonó como una gran y ansiosa pregunta. Matti hizo su gruñido que significaba «sí», me quitó un peso de encima. Si faltaba mucho para que terminara el verano, quería decir que Viviane aún estaba

por aquí. Y si ella todavía estaba aquí, nos encontraríamos de nuevo, de otro modo no sería posible.

Le supliqué a Matti que me llevara justo ahora a su casa. Saber que ella estaba allí, en la misma campiña que yo, me volvía loco, quería verla, preguntarle por qué me había olvidado, a mí, a su mejor amigo. Matti se rio, dijo que estaba un poco lejos a pie y que sería mejor esperar hasta mañana.

Nunca había escuchado algo tan estúpido en mi vida, pero eso también habría sido grosero decirlo.

El pastor se levantó, regresó a la cabaña y salió con una botella sin etiqueta y un vaso pequeño. Se sentó en el borde de la puerta, lo llenó y me lo ofreció. Sentí el olor a alcohol y le dije que no tenía permiso, una vez había bebido una cerveza dulce y me había hecho hacer más tonterías de lo habitual. Se encogió de hombros, se lo bebió todo de un solo golpe e hizo sonar su lengua contra el paladar. Su aguardiente olía a los prados después de la lluvia, a las flores mojadas, pero con una amargura detrás, algo que decía que la tormenta no había pasado por completo.

El sol desapareció al otro lado de la campiña, en un pestañeo había llegado la noche. Estaba cansado, si me acostaba demasiado tarde me ponía gruñón por la mañana y mañana era un día importante. Abracé a Matti, pareció sorprenderle y finalmente también me sorprendió, permaneció como un idiota con los brazos un poco separados. Cuando entramos de nuevo, lo vi servirse otro vaso que bebió de golpe.

Esa noche tuve una pesadilla. Normalmente mi padre venía a sacudirme para decirme que dejara de lloriquear porque no lo dejaba dormir y, con las grandes pesadillas, las que me hacían llorar, era mi madre quien me consolaba.

Me desperté sudando, el alba trepaba lentamente por el muro frente a la cama que Matti había dispuesto para mí en la sala principal. No podía recordar mi sueño, pero mi madre me echaba de menos, así que la imaginé, la presioné contra mí hasta que llegó el día. E incluso entonces esperé, sólo para estar completamente seguro de que la luz había expulsado a todos los monstruos.

Pero eso es lo que es difícil con los monstruos, ellos siempre saben cómo esconderse ahí, donde uno nunca los espera.

No había ni un ruido cuando finalmente me atreví a levantarme. Matti todavía estaba durmiendo. Salí al aire de la mañana, la campiña estaba brillando, me sentía fuerte. Caminé hacia el abrevadero, un buen olor a oveja salía de varios y pequeños rediles de piedra detrás de la casa. Me desnudé completamente y hundí mi cabeza en el agua.

Estaba tan fría que sentí como si me golpearan con un martillo. Salté hacia atrás, dando un silencioso grito, el frío me había robado mi voz y mis pensamientos; luego volví a meterme, esta vez de cuerpo entero, me puse azul, no podía respirar. Creo que nunca me había sentido tan bien. Luego lavé mis ropas, una por una, y corrí a la frontera del día y de la noche que avanzaba sobre la hierba. Extendí mis cosas en los primeros rayos del sol, los más hermosos, eran tan leves que no rebotaban en ningún lado, aún no habían levantado el polvo que los ensuciaría más tarde. Me acosté al lado de mi chamarra, ambos teníamos los brazos cruzados, y me estremecí de alegría.

Hoy iría a la casa de Viviane.

Tenía que regresar a la cabaña cuanto antes, hacía tanto frío que mi pipí casi se iba hacia adentro, lo jalé por miedo a que desapareciera. Me puse sólo mis calzoncillos porque nada más estaba seco. Matti aún no estaba despierto, así que fui a buscarlo a su habitación.

Esa mañana, en esa habitación toda amarilla con el sol nuevo, entendí algo importante. De acuerdo: yo era raro, anormal, lleno de problemas. No dejaban de repetírmelo. Pero finalmente todo el mundo era como yo. Los otros también tenían su Malocchio, sus pesadillas y su propio Macret,

simplemente les daban otros nombres.

Matti estaba acostado, con los ojos abiertos, roncaba dulcemente. Una botella vacía sobresalía debajo de la cama, un olor a mantequilla vieja me atrapó, casi salí corriendo pero recordé que lo necesitaba. Lo sacudí, lo jalé, le recordé que me había prometido llevarme a la casa de Viviane, pero él sólo miraba el techo, gimiendo. Le pregunté dónde vivía, tal vez podría ir solo, sus labios se movieron. Me incliné, pero él sólo dijo: «Ovejas, ovejas...».

Primero estuve enojado. Después recordé que él se había ocupado de mí y que no me había pedido nada. Así que dejé de pensar en Viviane, o en todo caso fingí hacerlo. Usé un viejo trapo gris que colgaba en el fregadero para limpiarle la cara, como solía hacer mi madre con mi padre y conmigo cuando teníamos fiebre. Después de un rato Matti se sentó, vomitó en el piso, e inmediatamente después yo también vomité, estábamos enfermos como perros, no era una escena agradable.

Por la tarde se despertó lo suficiente como para pedirme que cuidara de las ovejas. Dijo que su perro me ayudaría y volvió a dormirse de golpe. Fui a ver a los animales detrás de la casa y me quedé allí como un idiota con mis brazos colgando. Nadie me había enseñado nunca cómo cuidar ovejas. Mi trabajo era despachar gasolina, e incluso me habían prohibido hacerlo de un día para otro, tuve que mirar a mi padre despachar durante meses y ganar su confianza de nuevo. Las ovejas se me quedaban mirando insistentemente, como esperando algo, pero yo no sabía qué y me angustiaba decepcionarlas, porque de alguna manera eran como mis clientes en la estación. Yo tenía una responsabilidad. Tenían agua, fluía directamente a un canal desde el abrevadero. Pensé que quizá querían estirar las piernas y abrí la puerta que daba hacia una de las riberas del río. Todas salieron balando y se dispersaron hacia las montañas. Salí corriendo detrás de ellas, pero no logré atrapar ni una y me desplomé, agotado, en el pasto. No pensé que las ovejas pudieran correr tan rápido, especialmente envueltas como estaban en sus grandes suéteres.

Me di cuenta de que todavía estaba en calzoncillos. Me puse todo rojo, afortunadamente nadie estaba allí para verme. Recogí mis cosas y me senté a repetir en mi cabeza lo que iba a decirle a Matti. Había perdido a la mitad de su rebaño y el día estaba bajando. Eso le enseñaría a confiar en mí. Si le pidiera a Matti que despachara la gasolina en mi lugar y derramara todo por

todas partes, ¿quién sería el culpable? Yo. Aquí era lo mismo, pero al revés.

Estaba tratando de imaginar cuánto costaba una oveja. ¿Cinco francos? ¿Diez? Esperaba que Matti no me pidiera que le devolviera el dinero. Me di cuenta de que había dejado todo mi dinero en mi alcancía en la estación. No había pensado necesitarlo para ir a la guerra.

Al mismo tiempo el perro de Matti salió de la casa, trotó hacia el prado y con tres grandes ladridos juntó a todos los animales. Se apresuraron velozmente hacia el redil sin pedir descanso. Aunque eso significaba que el perro era más listo que yo, aun así me sentí aliviado. Cuando volví a entrar a la casa, las ventanas estaban abiertas, Matti estaba de pie y estaba terminando de afeitarse en el fregadero de la cocina, mirándose en el reflejo al fondo de una olla. Sin su barba se veía aún más viejo. Sin mirarme, me preguntó que cómo me había ido con las ovejas, le dije: «Bien», y me dijo que me llevaría a ver a Viviane al día siguiente y no dijimos nada más sobre lo que había pasado.

Cuando cayó la noche oímos como golpes de cañón, del tipo que sacuden los vidrios de las ventanas excepto que la cabaña no tenía ventanas. Eran los fuegos artificiales del 14 de julio en la campiña, explicó Matti. Desde la campiña sólo podíamos escucharlos, así que nos sentamos al borde de la puerta, cerramos los ojos y nos quedamos imaginando el resto.

Cuando Matti me dijo que casi habíamos llegado, me negué a ir más allá. El sol acababa de elevarse, habíamos cruzado el prado justo detrás de su casa, dando la vuelta a la base de una montaña que se extendía, cubierta por un montón de piedras, cuando Matti señaló un pequeño pinar y dijo: «Tu novia vive justo detrás».

De repente, todo fue demasiado para mí, me agaché sobre las rocas al borde del camino y me puse las manos sobre los oídos porque había demasiadas voces diciéndome demasiadas cosas diferentes. Tal vez Viviane no quería verme ya, tal vez yo le parecía demasiado estúpido y era eso lo que había escrito en la carta, aunque seguramente había encontrado una forma amable de decirlo. Eso me había pasado varias veces en la escuela, cuando comenzaba el año, los nuevos venían conmigo, después me escuchaban hablar y ponían una cara extraña y me evitaban en el recreo por el resto del año.

Le pedí a Matti que fuera él solo. Si Viviane quería verme, sólo tenía que decírselo a él; si no quería, podía decírselo también. Matti murmuró que ahora era un buen momento para hacerle al aldeano, lo miré sin comprender, hizo girar sus grandes ojos azules y desapareció detrás de los pinos.

Me senté sobre mis talones balanceándome lentamente, sentía que Matti se estaba tardando horas. Me quedé mirando fijamente hacia la arboleda para hacer que volviera y tuve éxito. Su enorme figura apareció, incluso desde la distancia se veía muy grande. Caminaba torpemente, lanzaba una

pierna hacia adelante y su cuerpo parecía notarlo después e intentaba alcanzarla causando un desastre. No me importaba su caminar raro, sólo quería que se moviera más rápido.

Finalmente llegó. Se metió las manos en los bolsillos y se volvió hacia el lado abierto de la campiña, se quedó mirándolo sin decir una palabra; uno podía tener a veces la impresión de que él olvidaba todo, quién era, dónde estaba y al resto del mundo. Quiero decir que incluso a mí me parecía un poco raro. Era el extraño y misterioso *Silènci* del que hablaban los viejos.

Me moría por decir: «¿Entonces?», pero este era el tipo de palabra que llamaba a las malas noticias, eso lo había aprendido hacía mucho. *Entonces el director dice que ya no puedes ir a la escuela. Entonces tu abuela te quiere mucho pero se ha ido. Entonces no, Santa Claus no existe.* De ese tipo de «entonces» yo tenía una lista tan larga como mi brazo.

Pero como Matti todavía no decía nada, tuve que abrir mi gran boca, no pude evitarlo.

—¿Entonces?

—Entonces, pues se han ido.

Lo sabía. Hubiera sido mejor cerrar la boca, vaya idiota que era. Me jalé el pelo hasta que me dolió.

La casa estaba cerrada, continuó Matti, pero no escuché lo que seguía, corrí para verlo por mí mismo. El castillo de la reina Viviane estaba justo detrás del bosquecillo y, por supuesto, no era un castillo de mil habitaciones con candelabros de piedra lunar, sino una antigua construcción de piedra en la planta baja con un segundo piso recién construido en madera. No le había creído la historia de su castillo, pero aun así no pude evitar sentirme un poco decepcionado. No duró mucho, porque lo más importante era que la casa estaba cerrada. Yo siempre tenía que ver para creer, como el santo del catecismo que no le creyó al Pequeño Jesús Resucitado y que tuvo que meter su dedo en sus llagas, vomité en clase cuando el cura contó eso.

Viviane se había ido, llevándose nuestros juegos, nuestras risas, sus formidables mentiras y las otras, las que no me gustaban tanto, como cuando dijo que siempre se quedaría conmigo.

No recuerdo haber regresado a la casa de Matti, pero sé que dormí mucho

tiempo, como solía hacerlo cuando estaba de mal humor. Él no dijo nada, continuó haciendo sus tareas de pastor como si yo no estuviera allí, eso de alguna manera me recordó mi hogar, me ayudó a sentirme mejor.

Finalmente me levanté. Matti tenía un calendario, le pedí que me mostrara el día en el que estábamos, luego el día de mi cumpleaños, luego el día que me encontró, y así intenté reconstruir el tiempo que había pasado desde que dejé la estación. Por supuesto que sabía lo que era un día o una semana o un mes. Era con palabras vagas como *desde hace mucho* o *tan pronto* con las que tenía problemas. Comprendí que había llegado a la campiña a mediados de junio, porque Viviane había dicho que estábamos a dos meses de mi cumpleaños, pero ¿eso había sido hace mucho tiempo, viendo que hoy era el 17 de julio? Y mi cumpleaños, el 26 de agosto, ¿estaba cerca o lejos? Cuando le pregunté a Matti, él me contestó que dependía de mi impaciencia, y con eso entendí todavía menos. Obviamente, si el tiempo dependiera de mí, no estábamos listos para salir.

Había inventado una forma de medirlo, a ese maldito tiempo. En el calendario de Matti, que se parecía al del taller de mi padre (salvo por la chica en traje de baño anaranjado), el ancho de una mano extendida, del pulgar al meñique, era la distancia que había entre el comienzo y la mitad de un mes. Un mes completo eran dos manos. Había dejado la estación hacia una mano y tres dedos, ya era algo. Había dos manos y un dedo antes de mi cumpleaños, y estaba claro que estaba lejos, tan lejos que parecía aún algo de ciencia ficción.

Tenía la opción. Podía irme y tratar de encontrarme una guerra o un trabajo no demasiado complicado en algún lado. Pero decidí esperar a Viviane, tal vez regresaría. Matti no sabía nada, sólo que venían en el verano y esta había sido la primera vez que se habían ido antes de que acabara. Trató de hacerme entender que la casa cerrada no era muy buena señal, yo preferí no escucharlo. Mejor lo hubiera hecho.

Le ofrecí a Matti ayudarlo si me dejaba dormir en su casa y me daba de comer. Él quiso saber si yo sabía algo de ovejas. La última vez que había visto una oveja de cerca, Martin Ballini estaba dentro de ella en la representación de la Navidad, pero decidí mentir, le respondí que no había dos como yo para trabajar con las ovejas y que todas lo sabían perfectamente. Pero yo no era muy bueno con las mentiras y algo se atoró, traté de hablar, pero no pude

hacerlo más. Matti vio que me iba a poner mal y me preguntó si sabía cuál era la diferencia entre el frente y el trasero de una oveja. Eso sí lo sabía. Me dio dos golpecitos en el hombro y dijo:

—Estás contratado.

19

Creo que Matti no hizo un trato demasiado malo porque me ocupé de las ovejas sin errores y rápidamente me encomendó misiones cada vez más importantes, como comprobar que no tenían sarna o controlar la condición de las pezuñas. Si había el más mínimo error, todo el rebaño estaría en peligro, y en esta temporada tenía aún más animales porque otros ganaderos de la llanura le encargaban cuidar sus propias ovejas.

Para ser honesto, prefería mi trabajo como despachador de gasolina en la estación, pero había decidido no pensar en eso. Matti hacía quesos en el edificio más alejado de la casa, eran buenos, tanto que a veces me comía uno con dulce. Luego tenía que realinearlos todos para que no se notara que algo faltaba.

Matti y yo teníamos un acuerdo. Cuando las ovejas llegaban a casa por la tarde, yo era libre hasta la hora de la cena. Corría a través de los prados e iba a la casa de Viviane. Durante el trayecto, me imaginaba lo que haría si encontraba las puertas abiertas, lo que nos diríamos; me angustiaba saber si debíamos abrazarnos o sólo saludarnos de mano o una mezcla de ambos un tanto incómoda como cuando la tía Sylvette, la hermana de mi padre, vino a visitarnos por primera vez este invierno.

Eso no falló nunca, encontré siempre la casa cerrada. Me quedaba sentado en el frente el mayor tiempo posible, hasta el último minuto, sabía que a Matti no le gustaba que llegara tarde a la cena, incluso si comíamos sin intercambiar una sola palabra. Quizás ahora vienen regresando de la campiña, me decía, llegarán muy pronto, sólo es el tiempo que les tome subir.

Habrán tenido que detenerse en la estación, o quizás están atrapados detrás de un camión. Pronto podré ver el polvo en la carretera. Allí, estaba seguro, ahora, ya iban a llegar, era cuestión de segundos. Voy a contar hasta diez. *Uno, dos, tres, lilas en la pradera, azul blanco rojo, ABCD, cinco, seis, no, olvidé un número. Uno, dos, tres...*

Nunca llegaban y al día siguiente yo recomenzaba. Miraba la casa con todas mis fuerzas, sentía que podía ser Superman, que podía ver a través de las paredes con sus ojos láser. Intentaba adivinar qué persianas eran las de Viviane. Elegí aquellas en la parte superior, en el lado de la casa que daba hacia el bosque. Usaba mis ojos láser y decoraba su habitación con todas las cosas rosas de niña que uno podía ver en los anuncios de Navidad.

Pasaron los días, los seguí cuidadosamente en el calendario para no perder el hilo. Cuando llegamos al 29 de julio, pasó la primera de las dos tonterías que me hicieron comprender más tarde que era hora de irme.

Debajo del número 29 había un pequeño círculo vacío que significaba que era la luna nueva. Mi abuela me había dicho que era de mala suerte ver la luna nueva a través de una ventana, así que en la estación cerraba todos los postigos en esas noches para no correr el riesgo de un accidente. He dicho que en casa de Matti no había vidrios y era cierto, las ventanas sólo se cerraban con una persiana de madera, excepto en un pequeño cobertizo en la parte trasera que siempre estaba vacío. Ahí había una sola baldosa sucia sin postigo y, ya me conocía, sabía que el azulejo me atraería, que iba a obligarme a mirar la luna a través de él, precisamente porque no quería hacerlo. Entonces, cuando Matti salió, hice lo único que pude, rompí su ventana. Cuando regresó lo notó de inmediato debido a la corriente de aire, yo hice como que no sabía cómo había sucedido. Me lanzó una extraña mirada de reojo, pero aparentemente me estaba volviendo mejor para mentir porque no me dijo nada. Cortamos un pedazo de cartón y lo colocamos en el lugar. Después comimos la sopa en nuestros platos de hierro esmaltado, fui a lavarlos al abrevadero, como siempre, y nos acostamos. Pude dormir tranquilo. Toma eso, Malocchio.

Matti me mostró el camino a mi vieja cabaña, fui a buscar lo que quedaba de la carta de Viviane, pero los pedazos de papel casi habían desaparecido. Volví varias veces de todos modos, cuando tuve un poco de tiempo, y desde allí traté de encontrar la cueva de los espíritus, daba vueltas sobre mí mismo

y después partía en una dirección aleatoria, prestando atención a no ir tan lejos como para perderme. Viviane había hecho las cosas bien porque nunca conseguí encontrar el lugar.

Llegó el mes de agosto. El calor azotaba la campiña, pero un leve viento fresco lograba siempre deslizarse por debajo, en el pequeño espacio entre el aire abrasador y la hierba, para refrescarnos un poco. Una mañana encontré a Matti en el mismo estado que la primera vez, una botella vacía en el piso, él gimiendo en su cama. Ese día, su perro y yo nos las arreglamos como chefs. El perro se llamaba Alba y nos hicimos buenos amigos. Cuando volví, vi a Matti afeitarse en su olla y al día siguiente todo quedó olvidado.

No me había sentido tan triste desde la muerte de Saturnin. Cuando lo aplastaron, mi madre me dio un abrazo y me explicó que con el tiempo pasaría la tristeza. No le creí entonces, pues como no entendía nada sobre el tiempo, no veía cómo podía el tiempo hacer pasar la tristeza. Sin embargo, es cierto que un día me desperté menos triste, y poco a poco dejé de tener pesadillas en las que un coche cubierto de plumas, tantas que no se podía ver el color de la pintura, venía a la estación para que le llenara el tanque.

Me dije a mí mismo que podría pasar lo mismo con Viviane, que dejaría de extrañarla yendo a su casa y encontrando los postigos cerrados todos los días. La diferencia era que, a decir verdad, yo no quería dejar de extrañarla, extrañarla me aferraba a ella y probablemente por lo del tiempo no iba a funcionar.

Una noche, una de las pocas veces en que abrió la boca, Matti me preguntó qué tenía de especial esa chica. Yo sólo me encogí de hombros, pero recordé que, con ella, no le tenía miedo a nada, era una sensación agradable que me hacía la vida más fácil. Era muy complicado explicárselo con palabras.

La segunda tontería que cometí fue el 17 de agosto, el día después de esa gran tormenta que cada año rompía el verano en dos. La lluvia lavaba el calor y el polvo y después de eso las noches se volvían más frescas, llevándonos lentamente hacia el otoño. Con Matti llevábamos las ovejas a nuevos pastizales que estaban un poco más lejos de la cabaña para dejar descansar los prados más cercanos. Entonces escuchamos un auto y, como de costumbre, me escondí detrás de un terraplén a un lado de la carretera porque no sabíamos si la gente todavía me estaba buscando. El auto llegó y se

detuvo al mismo tiempo que Matti apartaba las ovejas. Después de un rato, no escuché más el motor y me asomé.

El automóvil no se había movido, el conductor acababa de apagar el motor mientras Matti se abría paso gritando: «¡Ja!», y dando de palos sobre los lanosos traseros. Había cuatro personas en el auto, el que estaba sentado en el asiento trasero, cerca de donde yo estaba, se dio la vuelta y me miró directamente a los ojos.

Era Macret. Nos quedamos quietos, yo no podía respirar, luego volteó la cabeza.

No me había reconocido. Es cierto que no nos habíamos visto desde que dejé la escuela y que a esta edad uno cambia rápidamente; también es cierto que yo estaba todo cubierto de polvo y despeinado por haber caminado detrás de las ovejas. Pero él, él había sido siempre el mismo y yo también. En el fondo, me dije, fuera de la escuela ni siquiera existía para Macret, y me dio la impresión de que nada importaba si él, mi enemigo jurado, no me reconocía en otro lugar que no fuera mi lugar en la clase, que estaba en el centro del salón hacia la derecha. Le había permitido golpearme, había permitido que mi padre me llamara afeminado cuando llegué a casa con un ojo morado, diciéndome que no era sangre lo que tenía en las venas, sino jugo de ñoquis, y todo para nada.

Eso me volvió loco. No sé lo que me pasó, salté detrás de mi terraplén gritando y golpeé las ventanas del automóvil con todas mis fuerzas. El tipo que conducía se bajó en seguida, debió haber sido el padre de Macret porque se le parecía, era más viejo, pero tenía los mismos ojos malvados. Matti llegó en seguida, me empujó hacia atrás y me lanzó detrás de un montículo. Él era realmente fuerte, pues di varias vueltas en la hierba antes de poder levantarme.

Desde lejos, vi a Matti hablando con el conductor, sacando un billete de su bolsillo y dándoselo, el auto no tenía nada, vamos, todo quedaba olvidado. La pasajera en el frente parecía aún desconcertada, pero Macret, en la parte trasera, se reía con todos sus dientes. Así, este era el Macret que yo conocía, y eso me tranquilizó, nuestro odio estaba intacto. Matti terminó de juntar al rebaño, el auto volvió a tomar su camino hacia la campiña. Debían estar regresando de las vacaciones, algunos lugareños cortaban camino por la campiña para evitar los grandes embotellamientos de la carretera.

Matti no me hizo ninguna pregunta, era bueno para eso, pero entre el asunto de la ventana rota y esto, las cosas ya no eran iguales entre nosotros. Lo sorprendía mirándome de manera extraña de vez en cuando, como preguntándose qué iba a hacer conmigo. Un poco como mis padres, finalmente, excepto que él nunca habría llamado a alguien a escondidas para que me llevara lejos. Matti nunca me regañó, nunca me golpeó, nunca me habló con crueldad, y eso nunca lo olvidaré.

El 26 de agosto le dije a Matti que era mi cumpleaños, le mostré el día en su calendario, él simplemente me dio una palmada en la espalda y listo. Por la noche en mi cabeza me di muchos regalos, un nuevo G. I. Joe para comenzar a formar un ejército con aquel que ya tenía, un tren eléctrico; luego encendí suficientes velas para ahuyentar a la noche lejos de la campiña entera. Tenía mil años, era viejo como las piedras, y pequeñas llamas brillaban en todas partes, no había suficiente espacio en el universo para sostenerlas. Las apagué todas y la noche volvió.

El 31 de agosto fui a ver una última vez si Viviane estaba allí. Los postigos aún estaban cerrados. Era normal, pues ya era tiempo de volver a la escuela para la gente normal, y fue entonces cuando me di cuenta de que ella no volvería. Esta historia había terminado. Era hora de volver a tomar mi camino.

La parte más difícil de las tardes en la casa de Matti, aquel verano, fue que él no tenía televisión. Nosotros teníamos una, hermosa y brillante, que yo veía siempre, mis padres decían que me tranquilizaba. Me gustaba tanto que podría haberla mirado apagada, era fácil llenarla con mis imágenes. No podía entender cómo alguien podía no tener una televisión. Casi me sentía angustiado al pensar que, justo en ese momento, Zorro firmaba su Z en el estómago de los bandidos y yo no estaba allí para verlo.

Esa fue la excusa que usé para explicarle a Matti que quería partir. Puede que quizás no sea muy listo, pero algunas cosas las entiendo muy bien. No podía decirle que me iba para no causarle problemas. Él no me habría dejado hacerlo.

El cuento de la televisión funcionó, a pesar de que me miró extrañado, rascándose la barba, como sin estar seguro de creerme o no. Al final, no discutió. Refunfuñando, gruñendo, frunciendo el ceño, me preguntó a su manera a dónde tenía pensado ir.

Lejos, le expliqué, allá donde Viviane no vivía, donde no podía torturarme con su casa cerrada. Podría convertirme en un hombre con tranquilidad, esa era la razón por la que había dejado a mis padres. Un día volvería y me ocuparía de la estación y nadie tendría nada que decir al respecto.

Matti se rio. Si era por culpa de una niña que me estaba metiendo en tales complicaciones, significaba que ya era un hombre y que también podía quedarme aquí. Eso me hizo sentir bien, no pude evitar mostrarle mis bíceps,

él asintió y confirmó que, sin duda, eran buenos bíceps. Nos reímos juntos.

Pero tenía que irme, ambos lo sabíamos. Matti sacó un mapa sucio y grande de un cajón, me explicó que le faltaban caminos, pero que serviría. Cuando lo abrió, el azul saltó a mi cara, la tierra y los bosques debían estar celosos de este azul, pues era hermoso. Había visto el mar en los libros, pero nunca en la vida real. Puse mi dedo en él, Matti asintió, pareciendo decir que había elegido bien. Salimos, él me mostró dónde estaba el sur, el mar estaba allí. Me recomendó caminar de noche, porque si alguien me veía a lo largo del camino de inmediato los policías me recogerían y me llevarían a casa. Debía tener cuidado con quién hablaba. Si encontraba a personas como él, ellos podrían ayudarme. Yo los reconocería. Sólo tenía que decirles que era «un amigo del primo de Amaya, el de Pradal, el que se metió en problemas en Benidorm en 1958».

Me hizo aprendérmelo de memoria y agregé que no debía revelar a nadie dónde estaba, a nadie en el mundo, de lo contrario me caería encima el Mal de Ojo, que aparentemente era una especie de primo del Malocchio. Me daba un poco de miedo imaginar que el Malocchio tenía familia.

Había una última cosa que quería hacer antes de irme: quería volver a ver la estación, porque no sabía cuándo regresaría. Aprovecharía la oportunidad para recuperar mi revista enterrada, esto no se lo conté a Matti. Él me dio permiso de no ir a trabajar al día siguiente, le di las gracias y no hablamos más esa noche, ya habíamos dicho todo lo que teníamos que decir sobre el tema.

Salí a buena hora, antes de que hiciera demasiado calor, comencé el descenso un poco después del amanecer. A mitad de camino paré y comí un poco de queso con un pedazo de pan. Todo el aire de la campiña se alzaba hacia mí como para darme la bienvenida con sus olores de roca, agua fría, tomillo y combustible de camión. Me sentía bien e incluso creo que me quedé dormido por unos instantes, así, al borde del vacío, antes de retomar mi camino. Pronto la estación apareció en el fondo del camino blanco, exactamente tal y como la había dejado cuando partí.

Por supuesto, no tenía la intención de encontrarme con mis padres, nunca me dejarían irme de nuevo. Sólo quería verlos y hacerles saber que estaba bien. Matti le había sacado punta a un viejo lápiz con su cuchillo y en un papel me había escrito «Estó bien». Dudamos sobre el significado del

acento y finalmente lo dejamos tal cual. El papel estaba doblado en mi bolsillo.

Me detuve al borde de la arboleda, no podía avanzar sin arriesgarme a que me vieran. Las persianas de mi habitación estaban cerradas, nada se movía. Hacía calor. Aquí en la campiña, el verano parecía no saber que pronto tendría que irse. Nadie le había dicho nada y se había instalado cómodamente, un poco como yo, sin pensarlo demasiado.

Un automóvil rojo estaba estacionado cerca del taller, reconocí que era aquel de la carnicería de Barrême, el de la viuda Ghilardi. Me cambié de lugar para ver el interior de la tienda, vi a mi madre que ponía galletas en un estante. Estaba usando su suéter amarillo de cuello alto, el que me daba choques eléctricos cuando me abrazaba. Verla hizo que se me encogiera el corazón, tanto que casi corro para ir a verla. Me contuve, no sé cómo.

Un poco después vi a la señora Ghilardi saliendo de la parte trasera del taller. Miró a derecha e izquierda, acomodándose la ropa, y luego se subió a su auto. Arrancó, se estancó, volvió a arrancar y se fue. Mi padre apareció en la puerta después, miró tal y como ella lo había hecho, a derecha y a izquierda, antes de volver a hundirse en la penumbra del taller.

Mientras tanto, mi madre había terminado de acomodar los estantes. Eso quería decir que pronto iría a tomar su té, y en seguida desapareció en la casa por la puerta trasera, la que tenía escrito *Privado*. Mi corazón latía con fuerza, me agaché y me dirigí hacia la puerta de la tienda. No podía abrirla sin hacer sonar la campana, así que me limité a deslizar el papel con mis palabras por debajo y regresé al bosque. Allí caminé sin volver la vista atrás, porque tenía miedo de no poder irme nuevamente si me detenía. Caminé más y más rápido, luego corrí con todas mis fuerzas, hasta que tuve que ponerme en cuclillas para recuperar el aliento porque todo ardía. Me di cuenta de que había olvidado desenterrar mi revista. Pero ya era demasiado tarde y, de repente, ya no me pareció buena idea.

Pensé en mi madre si hubiera regresado, el buen olor de su champú, sus abrazos eléctricos y sus lágrimas corriendo por mis mejillas. Cuando dije que había cumplido mi promesa de nunca más llorar, mentí.

Levanté mi pesado cuerpo sobre la campiña, el sol se ponía y el viento me hacía sentirme bien. Estaba agotado por mi viaje, tenía un gran dolor en el estómago y al mismo tiempo sentía que me hacía bien. Regresé sin prisa a la

casa de Matti, caminé un poco con los ojos cerrados, luego otro tramo hacia atrás, luego de manera normal hasta el final.

No había nadie cuando llegué. Llamé, oí a Alba ladrando en la parte trasera y le di la vuelta a la casa. Matti estaba parado en el umbral de la lechería, le estaba dando el cambio a un tipo que le había comprado una caja de estiércol. Le hice una señal y fui a mirarme al agua helada del abrevadero. El tipo pasó junto a mí con su queso, ambos hicimos un gesto con la cabeza. Tuve cuidado de no dejarlo ver demasiado mi rostro.

Me encontré con Matti en la cocina, cortaba una cebolla, yo me senté sin decir nada porque sabía que no podía ayudarlo, no me dejaba jugar con su cuchillo. Deslizó los discos en un sartén con aceite de oliva y se limpió las manos. Mientras se cocinaba, fue a encender un medio cigarro bajo el umbral.

Dio la primera bocanada como si quisiera aspirar la campiña entera y dejó escapar el humo por su nariz, sabía que eso me divertía, daba la impresión de que estaba ardiendo por dentro. Luego se dio la vuelta hacia mí y dijo:

—El *gadjo* que compró queso. Es el padre de tu novia.

Tiempo atrás, antes de mi fuga, me habría puesto a gritar o a reír como un loco o habría tenido un ataque de angustia, cualquiera de esas cosas que caían sobre mí en caso de una fuerte emoción. Pero tenía que haber cambiado porque no me pasó nada. Asentí y fui a sentarme en la gran mesa de madera.

Fue raro, estaba pensando en una obra de teatro que vi en la televisión. La habían pasado después de mi episodio de *Zorro*, no entendía nada; pero seguí viéndola porque estaba aburrido. Sobre todo, me encantaron las grandes ciudades que se deslizaban detrás del escenario, las campiñas que se aplanaban para volverse campo, el día que no caía nunca, y que luego fue guillotinado de repente, *zip zap*, por una cortina de noche. Era genial.

Y eso era exactamente lo que estaba pasando en mi cabeza. Cuando decidí, la decoración que contenía a Viviane cambió para dejar espacio a la siguiente, un mar lejano, una ruta sobre el lomo de las colinas, campamentos de viajeros silenciosos que me acogían con los brazos abiertos porque era amigo de Matti. Y más allá del mar, ¿quién podía saberlo? Seguramente había otra escena tras bambalinas que esperaba a que yo la colocara.

La noticia de Matti puso todo patas arriba, de repente la decoración de Viviane regresó crujiendo con todas sus fuerzas, empujó mi mar fuera de la pantalla y se reinstaló con su campiña amarilla, su sol aplastante y sus manantiales frescos, su gruta de los espíritus, mi cabaña con su techo agujerado y la de Matti con sus ovejas como nubes.

Debí de hacer, a lo menos, una mueca de disgusto porque Matti me sirvió

medio vaso de su brandy, me lo bebí de inmediato sin pensarlo. Primero no sentí nada, luego una bola de fuego explotó en mi estómago y subió a mi garganta gritando. Fue horrible y maravilloso al mismo tiempo, comprendí mejor por qué a Matti le gustaba tanto. Miré el vaso para que me sirviera más, pero Matti negó con la cabeza.

Comimos las cebollas en una rebanada de pan, estaban un poco demasiado caramelizadas, pero de todos modos estaban buenas. Nos las pasamos con agua fresca. Todo sucedió en silencio, yo no había dicho una palabra desde que él me anunció que la reina Viviane, o al menos su familia, había regresado.

Me limpié los labios con la manga, me levanté y me dirigí hacia el rectángulo de cielo violeta que servía de puerta. Matti no me preguntó qué iba a hacer, y yo no le dije que iría al chalet para ver si Viviane estaba allí. No valía la pena decirnos cosas que ambos ya sabíamos.

Llegué al caer la noche. Me sorprendió encontrar todas las ventanas abiertas y encendidas. Era cierto que, desde el estrecho del bosque cercano, el chalet parecía casi un castillo. Había un 4L azul estacionado al frente, inmediatamente supe que era aquel que había visto en la estación la mañana de mi partida.

Llegué por el bosque para no ser visto, porque estaba traicionando la promesa que le había hecho a Viviane de no tratar de averiguar de dónde venía. Al principio sólo vi al tipo que conocí más temprano, su padre. Él estaba descargando algo y dejé de respirar. Yo estaba seguro. Él había venido solo. La escuela había comenzado, ella no podía estar aquí. Puse mi frente contra la corteza de un pino y miré a una hormiga que llevaba una semilla. Creo que si hubiera tenido un cerillo, la habría quemado de tristeza.

Y luego ella apareció, por lo menos su sombra, allá arriba a través de una ventana en el segundo piso. No necesitaba más para reconocerla. Escondido detrás de mi árbol, observé durante mucho tiempo su negra silueta, no tuve problemas para rellenarla, para colorear todo lo que me gustaba de ella y agregué, sólo al final, el toque de locura en sus ojos.

Su luz se apagó. Me quedé un poco más, para que no tuviera que quedarse dormida sola. Luego volví a mi cabaña, aquella donde Viviane me visitaba, tomé algunas rocas y las arreglé en forma de una flecha gigante que apuntaba hacia la casa de Matti. Mi flecha estaba un poco torcida, pasé

mucho tiempo tratando de enderezarla, pero estaba a oscuras. En esa dirección sólo estaba Matti, así que era difícil equivocarse. Si Viviane llegaba al día siguiente, entendería inmediatamente dónde encontrarme.

Me fui a casa, me fui a la cama y cerré los ojos con una gran sonrisa. Los volví a abrir de inmediato e hice mi viejo truco, parpadear-parpadear-parpadear, para no tentar a la desgracia ahora que todo comenzaba a ir mejor. No valía la pena jugarle al valiente ahora tan cerca de mi meta.

Al día siguiente ella no vino. Yo estaba tan impaciente que, mientras hacía algo con las ovejas, una me mordió, y Matti terminó por gritarme que era mejor que no hiciera nada. Eso no era problema para mí, esperar me mantenía ya bastante ocupado, siempre tuve problemas para concentrarme en dos cosas a la vez.

Por la noche, Matti me dijo que no me preocupara, bueno, lo dijo a su manera con el mínimo de palabras. Mujeres, son raras. Ya lo sabía, pero me dio un poco de consuelo. Tal vez se habían ido de compras y esa era la razón por la que Viviane no había venido. Por otro lado, se suponía que no debía quedarse allí mucho tiempo porque estaba inscrita en la escuela, entonces ¿por qué desperdiciar un precioso día? Ella y yo podríamos haber pasado la tarde en la cueva contándonos todo lo que habíamos hecho desde la última vez que nos vimos. Tenía cosas que decirle. Cómo había escapado de los policías, cómo rompí su carta, cómo casi muero de hambre, sed y locura, cómo conté los días en el calendario, cómo me encontré con Macret, cómo fui a revisar la estación y a mis padres, cómo bebí alcohol, cómo cuidé de las ovejas, cómo decidí caminar hacia el mar. A su vez, ella me contaría que se había aburrido, que había aprovechado la oportunidad para inventar nuevos pasatiempos, que lamentaba haberme escrito una carta tonta que yo no pude leer, y que si yo quería podía irme a vivir a París, ella había hablado con sus padres y ellos habían estado de acuerdo. Al día siguiente ella tampoco vino. Allí me cansé de esperarla, un gran hartazgo que había estado cocinando a fuego lento durante todo el verano, y entonces decidí tomar el asunto en mis manos.

Al tercer día después del regreso de Viviane, me fui temprano por la mañana y me escondí en el bosque para espiar la casa. Su padre salió a cortar leña. Era un tipo pequeño y nervioso, no parecía estar a gusto con la campiña y las montañas, que daban la impresión de ser algo demasiado grande para

él, yo esperaba a cada momento que él se tropezara.

Un poco antes del mediodía, dormitaba contra un tronco cuando escuché voces. Viviane y su madre acababan de salir por el pequeño camino que comenzaba justo en la puerta del chalet. Cortaban a través de los prados, siguiendo un rastro en la hierba, cuando vi la caja de madera que sobresalía de su bolsa. Iban a la casa de Matti a comprar queso.

Iban un tramo adelante de mí y obviamente no podía dejar que me vieran, pero tenía que llegar antes que ellas. Viviane no sabía que yo estaba trabajando en casa de Matti y de verdad iba a sorprenderse al encontrarme allí. Haría como que no me importaba, la miraría de reojo y después fingiría recordar: «Ah, sí, eres la niña con la que jugué... ¿Cómo te llamabas?».

Corriendo con todas mis fuerzas, di un gran rodeo, cuando llegué Matti me miró sin decir nada y casi me desplomo en el polvo. No lo había hecho tan mal, sus dos siluetas acababan de aparecer justo donde el campo tocaba el cielo, sólo tuve tiempo de desvestirme, de arrojarme en el abrevadero y secarme. Mi camiseta estaba empapada en sudor, pero no me importó, me la volví a poner. Rápidamente, me arreglé el pelo para que se pareciera lo más posible al de don Diego y me quedé apoyado contra un muro mirándome las uñas.

Al mismo tiempo, ellas rodearon la casa, dirigiéndose hacia la fábrica de queso. Viviane llevaba su chaleco azul, ese que le quedaba tan bien. Su pelo había crecido un poco desde la última vez y se había cortado su mechón en una forma irregular que le daba un aspecto salvaje. Debajo tenía los mismos ojos que todo lo quemaban. Su madre se parecía a ella; también era bonita, delgada, pero sin la fuerza de Viviane, a su lado apenas uno la notaba.

Volví a mirarme las uñas y agregué un silbido a mi actitud de aquel a quién no le importaba. Era un toque maligno, pensé, me hacía ver muy relajado. La madre de Viviane me sonrió, Viviane dijo: «Oh, hola, ¿cómo estás?». Y luego siguieron caminando sin prestarme atención. Me quedé allí como un tonto con mis uñas y mi silbido. Tuve la impresión de revivir el golpe de Macret, excepto que sabía muy bien que Viviane me había reconocido. Grité: «¡Oye!», y las alcancé corriendo.

Las dos se dieron la vuelta con la misma sonrisa. Nos quedamos viendo sin decir nada, su madre finalmente frunció el ceño y le dije a Viviane:

—¡Soy yo, Shell! Jugamos juntos.

Viviane asintió.

—Sí, lo recuerdo, lo de las catarinas. Fue agradable.

Ella se dio la vuelta y se fue hacia la fábrica de queso. Escuché a su madre preguntar: «¿Quién es él?». Y Viviane se encogió de hombros. Entraron en el lugar, me quedé muy solo ahí afuera y un poco más tarde las escuché reír.

Ahora que lo pienso, me da vergüenza. Odié a Viviane. Había *perdido el tiempo* odiándola. Pero así fue. La había odiado con la misma fuerza con que la amaba, mi mejor amiga, la odiaba tanto como a Macret. Aún más, porque al menos él no me había traicionado. Siempre se había reído de mí, siempre me había menospreciado, me había golpeado, me había humillado en presencia de otros. Era normal, nos entendíamos, nada cambiaba. No fingimos amarnos el uno al otro para ignorarnos al día siguiente.

Me imaginé matándola, como a Macret, pero eso me hizo sentir como si me estuvieran aplastando el estómago, caí de rodillas sobre el polvo y gemí, afortunadamente no había nadie para verme. No podía lastimar a Viviane, sólo pensar en ello hacía que todo mi cuerpo se resistiera. Quería vomitar, me levanté y me fui a cualquier parte para no estar allí cuando ella saliera.

Viviane me había lastimado. Estaba acostumbrado, eso es lo que las personas a mi alrededor han estado haciendo desde que era pequeño, a menudo ni siquiera lo hacían a propósito. Además, quizás ella tampoco lo había hecho a propósito.

Pero eso no cambiaba nada, estaba enojado y no veía una mejor manera de mostrárselo que ir a saquear su habitación.

No tenía un plan específico cuando llegué al chalet, pero la suerte estaba conmigo. Su padre acababa de ponerse tras el volante del 4L con dirección a la campiña. Prudentemente, esperé a que el auto desapareciera por completo. Había corrido para llegar ahí, me di cuenta de que ni siquiera había perdido el aliento. Desde que estaba en la campiña, mi cuerpo se había vuelto duro.

Le di la vuelta al chalet. Había planeado romper una ventana para entrar, pero no fue necesario. Una ventana estaba abierta en el primer piso, una especie de ventanal cuadrado, y el descenso del canal pasaba justo al lado. Escalé como un mono, me deslicé adentro y me tendí en el suelo de un pequeño baño que olía a nuevo. El olor me recordó a cuando habíamos reacondicionado los armarios de la estación, colocando azulejos con palmeras en lugar del viejo papel tapiz. Mi papá había dicho que, con el tiempo que pasábamos allí, comenzaríamos a sentirnos como en la playa. Eso nos había hecho reír.

Salí al pasillo, sólo había otras dos puertas y una escalera que bajaba a la parte de piedra. La primera puerta daba a una habitación desordenada, con una gran maleta abierta, cosas de hombre y de mujer revueltas. La cama no estaba hecha, estaba tan desordenada que tuve que cerrar la puerta. Después, por curiosidad, volví a abrir, sólo para ver si la habitación había cambiado, pero seguía siendo la misma. Sabía que eran puras tonterías, esa historia de cuartos que se movían por sí mismos. Además, el candelabro no estaba hecho de piedra lunar en absoluto, era sólo un foco que colgaba del techo al final de dos cables.

La segunda habitación estaba ordenada. Normal, era de Viviane, inmediatamente reconocí su vestido en el respaldo de una silla. Allí también olía a nuevo, con un toque de olor a antiséptico que me gustaba menos y que me hizo fruncir el ceño. Me recordaba la enfermería de la escuela. Me enviaban allí después de cada paliza, la señora Giacomelli incluso tenía un desinfectante especial para mí que ardía menos, pero de cualquier manera seguía ardiendo.

Viviane tenía su propio baño, pensé que era lo que podría llamarse «lujoso» y silbé en señal de admiración. Mirando por la ventana vi que había acertado, era la habitación que daba al bosque.

Lo único era que no se parecía, pero para nada, a lo que había imaginado. No era la habitación de una niña. Yo, en la estación, tenía una verdadera habitación de niño con sus autos a escala, el G. I. Joe de los Amerloques, mis fundas de almohada con sus dibujos de aviones y un hermoso cartel que decía: «No hay buena comida sin mostaza Amora» (lo que era cierto). Aquí no había cosas rosas, ni muñecas, ni flores. Sólo había una cama, un escritorio, un armario y toda esa madera nueva que aún olía a bosque húmedo. Era una habitación que podría haber sido de cualquiera.

Me acerqué al escritorio, un estuche y un cuaderno de tareas estaban encima. Inmediatamente reconocí la escritura de Viviane, se inclinaba como cuando uno corre en una pendiente, más y más rápido para no caerse. Había cubierto sólo media página, todo lo demás estaba vacío. Tomé su estuche, quería lanzarlo al suelo, después voltearía todo el escritorio, tiraría el armario, rompería su cama y haría volar todo por la habitación.

Pero volví a colocar suavemente el estuche en el escritorio. En algún momento durante el trayecto me había desprendido de mi enojo, debía estar ahora sobre la alfalfa, secándose al sol, porque ya no estaba encima de mí, ya no me apretaba la frente y los hombros. No saqué la habitación de Viviane, no lancé, ni rompí, ni derribé. Me senté en el borde de la cama. Era mejor así.

Me despertó un ruido, al principio no entendía dónde estaba. Me enderecé, debajo de mis nalgas sentí la cama de Viviane. Estaba aquí, lo recordé. Me había acostado a pensar un poco. Había cerrado los ojos por un segundo porque me picaban, para descansarlos.

Me había quedado dormido sin darme cuenta. Mucho tiempo,

aparentemente, porque el sol ya no estaba en la habitación. *Imbécil*. Oí voces en las escaleras, el suelo del descanso crujió y pasos se acercaron a la puerta, pies que se arrastraban un poco. Salté de la cama, entré en pánico, me di media vuelta y la puerta se abrió.

Viviane saltó al verme, se puso la mano en la boca y yo me quedé allí congelado como esa pobre zorra en la mira de mi padre en otro tiempo. Miré la ventana, la puerta, quería meterme debajo de su cama y acurrucarme, cerrar los ojos para que todo desapareciera y que nadie me encontrara.

Ella cerró la puerta detrás de sí. Yo respiraba tan rápido que veía luces. Nunca había estado tan bella, tan reina como allí, con su chaleco azul bajo el cabello rubio, y nunca me había sentido tan estúpido, tan sucio, tan el sargento García.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Podía notar que estaba enojada, pero cuando hablaba lo hacía con su bella y ronca voz tranquila, y eso me hacía sentir aún más miedo.

Balbuceé algo, parpadeé furiosamente, me di vuelta. Se acercó, me tomó de los brazos y me sacudió un poco:

—Traicionaste tu juramento.

Ahí exploté.

—¡No! ¡Fuiste tú quien me abandonó! ¡Tú eres la traidora!

Ella se mordió el labio, que se volvió blanco, luego pasó frente a mí para llegar a la ventana y mirar hacia afuera. Su madre estaba limpiando un pequeño huerto en el costado de la casa, Viviane me hizo señas para que hablara menos fuerte.

—Te dejé una carta. Te explicaba que teníamos que volver a París antes de lo planeado.

Obviamente me sentí como un idiota, no iba a decirle que no había podido leerla, su carta. Así que le dije algunas mentiras, en verdad me estaba volviendo bueno en eso.

—No la encontré.

—¿Encontraste las lentes?

Reflexioné tan rápido como pude, vaya que se estaba volviendo complicada esta mentira.

—Las lentes sí. Pero no la carta.

Ella se dio la vuelta hacia mí, casi temblando. Bajé la vista y vi que tenía el

puño izquierdo apretado con ira y, curioso, su mano derecha se abrió completamente.

—Te dije que nunca intentarás encontrarme.

—Pero quería verte.

—Soy *yo* quien va a verte. ¡Tú tenías que esperar! ¡Lo prometiste, mentiroso!

—¡Tú eres la mentirosa! Para empezar, dónde está tu castillo, ¿eh? ¿El de los cuartos que se mueven y los colchones llenos de semillas del Sol?

—¡Está allí! —gritó, abriendo los brazos—. ¿No entendiste?

Echó un vistazo hacia la ventana y siguió hablando más bajo, pero con la misma furia.

—¡Está allí, a tu alrededor, en todas partes! No lo ves porque rompiste la magia al venir. Desde que lo miraste, todo volvió a la normalidad.

Me quedé mudo, me sentía realmente miserable. Era cierto, ella me lo había advertido. Todo lo que ella había dicho era lógico.

—Pero eres una reina —mascullé—. Tú podrías...

—Se acabó, todo eso. Me he vuelto como todos los demás, yo también, una chica común y corriente. El hechizo está roto. Vete a casa ahora, todo se ha perdido.

Protesté, para mí ella era la reina de todos modos. Viviane se rio malévolamente, me dijo que, si en verdad pensaba eso, no había entendido nada.

Hice un movimiento hacia ella, ella saltó hacia atrás y yo también, pues su salto me asustó. Afortunadamente ella no tenía un rifle porque creo que si lo hubiera tenido me habría matado.

—¿Vendrás a verme? —le pregunté.

Viviane sólo bajó la mirada, sacudió la cabeza y dijo otra vez:

—Vuelve a tu casa.

Desapareció en su baño de lujo y oí que giraba la cerradura.

Salí por la puerta del frente y me fui directamente hacia la casa de Matti. Estaba triste, por supuesto. Pero de alguna manera me sentía mejor. Viviane había dejado una carta para decirme que se iba, no me había abandonado. Había sido yo quien había arruinado todo rompiendo la carta, si no lo hubiera hecho podría haberle pedido a Matti que me la leyera más tarde. No habría ido al castillo, no lo habría demolido con mis ojos que habían

estropeado la magia. Todo eso, lo aceptaba, era mejor que no saber, era mejor que pedirle a mi cerebro que entendiera algo demasiado grande para él. Fui yo quien traicionó a Viviane, no al revés. Me hacía sentirme seguro el saber que todo era mi culpa, porque todo había sido siempre mi culpa, así que estaba ya acostumbrado y todo se volvía tan cómodo como mi vieja pijama de terciopelo verde.

Creo que fue allí, entre los tallos secos que me picaban los tobillos, cuando me salí de la infancia para convertirme en un hombre. Todo se volvía muy simple cuando uno lo piensa. Sólo tenía que amar la ira de Viviane tanto como su amistad. Ambas eran hermosas ya que provenían de ella. Bastaba con saber cómo mirar.

Cuando llegué, le conté todo a Matti, él dijo que su familia también tenía una reina, así que sabía cómo era eso. Las reinas eran difíciles, no se podía hacer nada con ellas.

Le anuncié que me iría a la mañana siguiente, se encogió de hombros, fue su gesto para decir: «Está bien». Giró sobre sus talones, luego se dio la vuelta hacia mí, sacó su bonita navaja de su bolsillo y la puso en mi mano. No necesitábamos sonreír, lo estábamos pensando con suficiente fuerza.

Fui a preparar mis cosas, es decir mi chamarra Shell, y en mi cabeza comencé a hacer girar los decorados para traer de regreso aquel del mar.

Todavía era terriblemente pesado.

Había querido que lloviera. Lo quería tanto que cuando vino la lluvia, no supe cómo detenerla. Era una gran lluvia rosa, verde, azul, tomaba el color de la nada. Aturdía a los pájaros. Llovió así por no sé cuánto tiempo. Los viejos decían que nunca habían visto algo así. Hablaban de sus antepasados y de Dios y del Cielo y de todo salvo de la razón de la lluvia: yo. La había llamado para que barrierá con todo, estaba parado en medio de la campiña y me reía, me reía, mientras ella se llevaba todo hacia la campiña en ríos de ira, a todos mis enemigos, a todos aquellos que nunca habían creído en mí. Vi pasar un zapato de payaso, ¡adiós, Malocchio! Y luego vi un pequeño vestido azul. Fue entonces cuando traté de detenerlo todo, pero ya era demasiado tarde, así que me lancé a buscarla.

Me senté en mi cama, tomé una gran bocanada de aire para no ahogarme. Afuera llovía muy fuerte, tenía algunas gotas de lluvia en la cara porque estaba durmiendo justo debajo de la ventana y había olvidado poner el seguro. Recuperé el aliento y luego, con las rodillas en el colchón, miré la tormenta. Con cada destello se podía ver la campiña como a plena luz del día. El verano se estaba yendo un poco más.

Siempre me había gustado escuchar la lluvia desde el fondo de mi cama, donde sentía que nada podía pasarme. Pensaba en los pobres conejos, los zorros y los pájaros que tenían que rezar para que se detuviera la lluvia. Afortunadamente, cuando caía así, nunca duraba mucho. Seguramente estaría soleado mañana para mi partida.

Hubo otro destello y grité porque Viviane acababa de entrar a la casa.

Matti no había salido de su habitación para ver lo que sucedía, pero lo había visto tomar su botella la noche anterior, así que era comprensible. Viviane estaba vestida igual que en la mañana, excepto que ahora estaba temblando; me recordó a un episodio de *Tom y Jerry* donde Tom tenía que quitarse la piel para exprimirla. Tenía el cabello aplastado sobre la cara y había un charco a sus pies, respiraba rápidamente, tenía un puño apretado y la otra mano abierta. Todavía estaba enojada, todavía era tan fuerte; me quedé mirándola sin decir nada, como si fuera normal que ella estuviera allí.

—¿De verdad quieres que vuelva a ser tu reina? —me preguntó.

—Por supuesto —dije—. Por supuesto que sí.

—¿Estás dispuesto a todo para probarlo? ¿A cualquier cosa?

Ella volvió a salir sin esperar mi respuesta. Me puse mi chamarra Shell, me calcé los zapatos, las suelas estaban ahora despegadas y no podía distinguir el derecho del izquierdo. La seguí.

Llovía menos, estábamos en el final de la tormenta. Casi le pregunté a Viviane a dónde íbamos, pero me contuve. Estaba feliz de estar allí con ella, como antes, de nada me servía arruinarlo todo con mis tontas preguntas. En cambio, dije:

—Soñé que llovía. Quizá también tengo poderes. Como tú con el viento.

Siguió caminando sin responder, tal vez no me había escuchado. Al principio pensé que íbamos a la cueva, pero ella no me había hecho girar. Apenas podíamos ver dónde poníamos los pies. Era tan profundo el negro de las altas campiñas que no existía nada entre los rayos, nada excepto nosotros dos. E incluso, nosotros dos en una noche así, era fácil pensar que no estábamos realmente allí, que nos inventábamos el uno al otro para ser felices.

Pronto llegamos a un lugar que reconocí, una especie de colina más alta que las otras que se levantaban a la mitad de la campiña con una pared en ruinas en la parte superior. Viviane me había llevado allí al comienzo del verano, era uno de los lugares donde habíamos jugado, ella lo llamaba el Penitente. Por un lado, se subía por una pendiente suave, por el otro se caía directamente sobre una cama de roca, Viviane dijo que debía tener al menos veinte metros.

Ella me había explicado que, si bien parecía una colina, en realidad era un gigante que ella había convertido en piedra porque había sido muy grosero

con ella. Ella no quiso decirme lo que había hecho. Deduje que debió haber intentado mirar debajo de su falda, porque no veía cómo podría ser uno más grosero con una chica. El gigante se había caído así, de lado, y la hierba había crecido encima. Viviane decía que quizá, algún día, lo regresaría a su forma normal, pero por el momento él tenía que reflexionar sobre lo que había hecho.

Subimos al Penitente. Me resbalé en la hierba, estaba seguro de haberme raspado la rodilla, pero Viviane continuó sin parar, así que hice como que no había sentido nada y la alcancé.

Fuimos hasta la cima y nos sentamos justo en el borde, en silencio, mientras la lluvia se detenía, con nuestros veinte metros de vacío justo bajo los dedos de nuestros pies. Viviane miraba hacia adelante, tenía la cabeza casi dentro de los hombros. Finalmente habló.

—Sólo puedo volverme reina con un sacrificio.

Yo dije:

—¿Eh?

—Si quieres que vuelva a ser tu reina, tienes que probar tu obediencia. Tienes que saltar.

Bajé los ojos, estaba oscuro y ni siquiera podía ver el fondo, vaya que estábamos muy alto, nunca había saltado de tan alto, era algo como para romperse el cuello.

—Si salto, ¿todo será como antes? —pregunté, sólo para estar seguro.

—Sí.

El destello de un relámpago despertó el horizonte, un verdadero destello de hechicería, retorcido y perverso, que se plantó un momento sobre la tierra y me mostró todo con claridad. Los grandes charcos de lluvia en la hierba. La tierra que bebía, que había bebido tanto como había podido. Los resplandores de mica brillando en la roca, aquellos que pensé por mucho tiempo que eran oro, antes de que me regañaran al descubrir las rocas amontonadas bajo mi cama.

Una parte de mí me dijo que no lo hiciera, que era completamente idiota, pero en el fondo lo que ella me pedía era lógico y a mí me gustaba lo que era lógico. Miré a Viviane, ella me devolvió la mirada, su barbilla un poco hacia adelante. Sus labios se movieron como para decir algo, pero ella los presionó para hacerlos callar. Finalmente decidí escuchar la voz de la razón. Di un

gran paso hacia adelante.

No sé si Viviane realmente esperaba que saltara porque gritó, trató de detenerme, sentí sus dedos rozar mi manga mientras me apoyaba sobre las tinieblas, en las que lentamente después me hundí. Fue una sensación agradable, la de volar en sueños, vi la silueta de Viviane volverse oblicua, todo allá arriba, después las estrellas.

De repente tuve miedo, tanto miedo que olvidé por un momento lo que estaba haciendo allí, cayendo como un idiota. Esperaba que hubiera una buena razón y que no hubiera hecho otra de mis tonterías como subir la montaña justo detrás de la estación, de lo contrario iba a recibir una buena paliza al regresar. Me enrollé sobre mí mismo cuanto pude para hacerme muy pequeño.

Después el miedo pasó y recordé. Caía en las estrellas, era tan hermoso que me quedé sin aliento. Me habría detenido sólo para mirarlas, traté de tocarlas, pero fue inútil. Me di la vuelta una última vez arrancando grandes puñados de cielo. Sentí algo sólido en mi espalda, me sentía largo, muy largo, tuve la impresión de tocar las montañas por un lado y el borde de la campiña por el otro.

De un golpe me encogí, resonando como una horquilla contra una roca, y sentí dolor. Fue un dolor inmenso, tanto que no tenía color, era completamente blanco, me cegaba. Todo el aire que había respirado desde mi nacimiento salió en un único suspiro, y también salieron otras cosas, las mentiras, los insultos, el sabor del chocolate a la luz de las velas y el de la achicoria, el rojo de las catarinas y la sensación del algodón, todo salió y me dejó vacío. Escuché gritos, un andar de pasos mojados, y el rostro de Viviane apareció sobre mí. Lloraba, eran lágrimas de tormenta y lágrimas reales que se mezclaban sobre sus blancas mejillas.

—Perdón, perdón, perdón —no dejaba de repetir—. Perdón, Shell, no quería... Fue cruel.

Tuve una revelación, entendí lo que significaba la palabra *cruel*, y por qué ese tipo me había llamado «sucio y cruel» en la estación. Nunca más le volvería a prender fuego a un insecto.

Viviane seguía llorando, murmuraba cosas que yo no entendía. Quiso ayudarme a ponerme de pie, pero grité porque en verdad me dolía mucho. Hubo algo de negro y cuando volví a abrir los ojos, Viviane estaba inclinada

sobre mí, se había quitado el chaleco azul para colocármelo sobre la frente.

Allí vi su brazo, estaba cubierto de moretones hasta el hombro. Tenía una gran venda entre el codo y la muñeca, con manchas amarillas de desinfectante. Abrí la boca para hablar, nada salió excepto un poco de aire. Viviane acercó su oreja, era bonita esa oreja, se parecía al mapa de Matti, con sus campiñas y montañas. Empecé de nuevo, empujé las palabras con mi lengua, con más fuerza, grandes cubos de metal que lastimaban mis labios al salir. Le pregunté qué le había pasado, me dijo que no me preocupara, que se había resbalado en una acera. Eso explicaba por qué no estaba en la escuela.

Ella comenzó a llorar, debimos haber sido toda una escena, tendidos en el lodo, empapados hasta los huesos.

—Vaya noche esta —dije con una voz extraña.

Ella rio, aspiró fuertemente y dijo que sí, que vaya noche. Luego puso sus manos en mis mejillas, apretó tan fuerte que me hizo poner boca de pato.

—Shell, vamos a irnos de aquí, tú y yo.

—¿Tú y yo?

—Sí.

—¿Pero tus padres?

—A mi madre no le importa.

—¿Y tu padre?

Viviane escupió en el suelo, casi sobre mí, como si de repente ya no existiera.

—Él no es mi padre.

—De acuerdo —dije—. Partiremos al mar. Conozco el camino. ¿Te gustaría?

Ella sonrió, asintió mientras se limpiaba la nariz.

Me levanté, tomé su mano y partimos, cruzamos las colinas y llegamos al mar justo cuando el sol estaba saliendo, bañamos nuestros pies de gigantes en las olas. El mar era aún más hermoso que en mis sueños y Viviane se acurrucó contra mí. Ya no le molestaba que la tocara ahora que se había convertido en reina otra vez.

Excepto que eso no pasó, por supuesto, ya que no podía moverme y ambos lo sabíamos. Me quedé en el barro, Viviane se inclinó sobre mí, llorando suavemente. Ella pasó su mano entre mis cabellos, los peinó suavemente hacia atrás y se rio un poco como la Viviane del comienzo del

verano.

—Es cierto, te pareces a don Diego de la Vega.

Volvió a ponerse seria, me miraba con cierta extrañeza y me di cuenta de que me iba sintiendo mucho mejor, tenía menos dolor, sólo que tenía mucho sueño, el sueño más grande de toda mi vida, peor que la vez que traté de permanecer despierto hasta el amanecer para ver a Santa Claus. Al último me quedé dormido y, mala suerte, llegó justo después, me lo perdí por muy poco. No había querido molestarme, pero me dejó una genial pista de autos eléctricos. La pista se descompuso cuando mi padre la pisó por accidente.

—No te preocupes, Shell, voy a buscar a alguien.

Quería que Viviane se quedara, pero era muy difícil. No podía hablar, no podía explicarle que no estaba preocupado y que nunca me había sentido tan bien. Era una pena que mi padre hubiera roto esa pista.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba completamente solo. Me recordó la vez que tuve fiebre en la cabaña, excepto que esta vez sabía que Viviane regresaría. Pero yo ya no la vería de nuevo.

Ya no tenía miedo, yo, el hijo de los Courtois de la estación de servicio, aquel que nunca crecería. Me reí, debieron haberme escuchado hasta la campiña. El doctor Bardet estaba equivocado y todos los demás también. En esta campiña había crecido. Gracias a Viviane me había vuelto inmenso, había tocado el cielo con una mano y la tierra con la otra. El mundo había encontrado su reina y había sido gracias a mí.

El sol salió, empujando uno de esos vientos cálidos que a veces nos hacen pensar que el verano está regresando. Nunca regresa. Finalmente, todas las estaciones mienten. No sé cómo, pero me las arreglé para sentarme y apoyarme contra la roca de frente a la luz.

Cerré los ojos por última vez. Me recliné sobre el viento como sobre un montón de arena, uno de aquellos castillos retorcidos que había hecho el verano de mis vacaciones en el lago y que los otros niños habían pisoteado. Vi toda la campiña, vi las montañas, y vi la estación, allá, más abajo, aún con el viejo logotipo en el techo. Mi madre se estaba vistiendo, estaba sacudiendo a mi padre para que se levantara del sofá. Me vi a mí mismo, rojo y amarillo con mi hermosa chamarra. Vi a Viviane que corría por la hierba.

Listo. Todo estaba bien.

No le quedaba más al viento que soplar, soplar hasta borrarne de esta

historia, si es que en verdad esta historia existió.

Acerca del autor

JEAN-BAPTISTE. ANDREA nació en Saint-Germain-en Laye, Francia, en 1971. Es guionista y director de cine. Creció en Cannes, donde comenzó a hacer cortometrajes y, más tarde, se mudó a París donde se graduó de Ciencias Políticas y Economía. Dentro de sus películas más importantes destacan *Traficante de lágrimas* (2013), *La gran nada* (2006) y *Dead End: atajo al infierno* (2003). *Los pasatiempos de la reina* que buscaba catarinas, su primera novela, ha ganado diversos premios, entre ellos el Femina des Lycéens 2017, que otorgan los estudiantes de secundaria, y el Prix du Premier Roman 2017.

Diseño original de la colección: Josep BagàAssociats
Diseño de portada: Liz Batta
Fotografía de portada: niña, © Kelly Sillaste / Trevillion Images; catarina, © Shutterstock / irin-k

Título original: *Ma Reine*

Jean-Baptiste Andrea
© L'Iconoclaste, Paris, 2017

Traducido por: Gustavo Osorio de Ita

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5628-3

Primera edición en formato epub: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5625-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE